



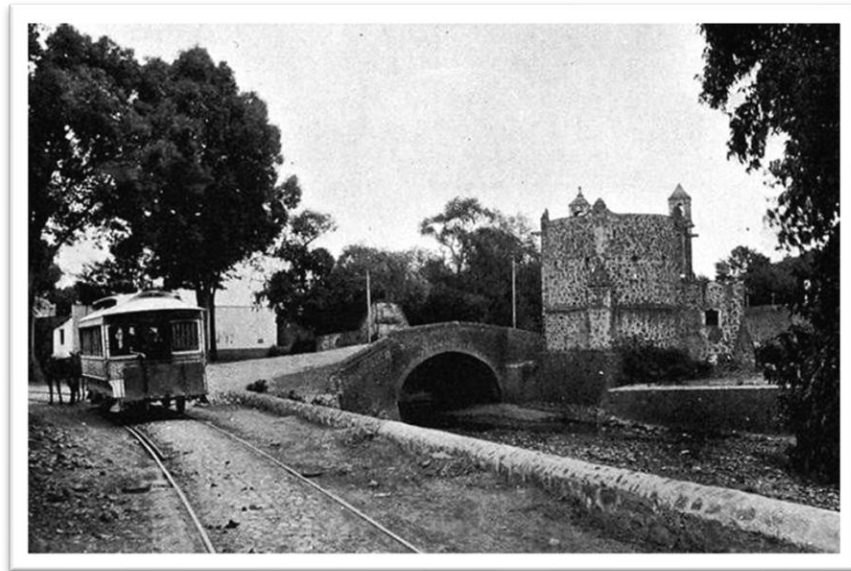
Memorias de un puente situado a 72 varas sobre la plaza mayor de la Ciudad de México

*El puente de San Antonio de
Panzacola cuenta parte de la
Historia de Coyoacán y San Angel*

Luis Arturo García Dávalos

Mención honorífica en el IV Concurso
Internacional de Crónica Urbana Salvador
Novo, Ciudad de México

AHIEMEX
2023



Anónimo. (ca. 1910). *Plaza, puente e Iglesia de San Antonio de Panzacola. Tren de mulitas y barda norte de la hacienda de San José del Altillo. México: col. Particular.*

Memorias de un puente situado a cosa de 72 varas de altura sobre el nivel de la Plaza Mayor de México

Dr. Luis Arturo García Dávalos

Mención honorífica en el IV Concurso Internacional de Crónica Urbana Salvador Novo

Asociación Interdisciplinaria para el Estudio de la Historia de México, A.C

Ciudad de México 2023



Asociación
Interdisciplinaria para el
Estudio de la Historia de México

Mesa Directiva, Periodo 2020-2024:

2

Dr. RODRIGO ANTONIO VEGA Y ORTEGA BAEZ

Presidente

Mtro. ROGELIO ALONSO LAGUNA GARCÍA

Secretario

Dr. LUIS ARTURO GARCÍA DÁVALOS

Tesorero

Esta publicación presenta los resultados de investigaciones científicas y contó con dictámenes de expertos externos, de acuerdo con las normas editoriales de la Asociación Interdisciplinaria para el Estudio de la Historia de México A.C.

Las opiniones vertidas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor y no expresan necesariamente la posición de la Asociación.

Las imágenes utilizadas son con fines didácticos y de dominio público.

CONTENIDO

Contenido

Presentación	5
Antes de la peluca, la casaca y la castilla	10
El río Magdalena	14
Fabrica y primeros años.....	18
La capilla de San Antonio de Padua	19
Cuando pusieron las vías del Ferrocarril del Valle de México	21
De inseguridad y secuestros.....	25
La invasión yanqui (1847-1848).....	28
El lugar para mudar temperamento.....	36
La modernidad y Salvador Novo	47
El legendario Altillo	51
Un premio Nóbel se viene a Coyoacán	56
Zapatistas de ayer y hoy en Coyoacán	60
A los inicios de milenio y una nueva época	63
Repaso y epílogo.....	64



Anónimo. (ca. 1950). *Entrada a la Hacienda de San José del Altillio, Puente de Panzacola y río Magdalena*. México: col. particular.

Presentación

Caminantes de esta ciudad, quiero iniciar mi crónica presentándome...

Soy un viejo puente de argamasa y piedra, con un ancho y macizo pretil. La placa de dedicación casi ilegible está enmarcada por cuatro conchas de piedra, símbolo cristiano del peregrino y del agua del bautismo. Hoy me encuentras ya con algunos puntales de concreto para sostenerme, pues ya estoy viejo. Pero soy un puente muy orgulloso, y para eso tengo motivos, ya que vivo cargado de gran parte de la historia de esta “muy grande ciudad de Tenustitlan, que es en la Nueva España”¹, llamada a partir de 1848: Muy Noble, Insigne, Muy Leal e Imperial Ciudad de México por la casa imperial Habsburgo.² Aunque hoy se una urbe inmensa e inconmensurable a la cual dialécticamente se odia o se ama como dice Efraín Huerta:

Declaración de odio (Efraín Huerta, fragmento)

Ciudad negra o colérica o mansa o cruel, o fastidiosa nada más: sencillamente tibia.

Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven los días rojos y azules de cuando el pueblo se organiza en columnas, los días y las noches de los militantes

comunistas, los días y las noches de las huelgas victoriosas, los crudos días en que los desocupados adiestran su rencor agazapados en los jardines o en los quicios dolientes.

*¡Los días en la ciudad! Los días
pesadísimos como una cabeza
cercenada con los ojos abiertos.
Estos días como frutas podridas.
Días enturbiados por salvajes
mentiras.
Días incendiarios en que padecen
las curiosas estatuas y los
monumentos son más estériles que
nunca.*

*Larga, larga ciudad con sus albas
como vírgenes hipócritas,
con sus minutos como niños
desnudos, con sus bochornosos
actos de vieja díscola y aparatosa,
con sus callejuelas donde mueren
extenuados, al fin, los ronc
emboscados y los asesinos de la
alegría.*

*Ciudad tan complicada, hervidero
de envidias, criadero de virtudes
desechas al cabo de una hora,
páramo sofocante, nido blando en
que somos como palabra ardiente
desoída, superficie en que vamos
como un tránsito oscuro, desierto
en que latimos y respiramos vicios,
ancho bosque regado por
dolorosas y punzantes lágrimas,
lágrimas de desprecio, lágrimas
insultantes.*

*Te declaramos nuestro odio,
magnífica ciudad.
A ti, a tus tristes y vulgarísimos
burgueses, a tus chicas de aire,
caramelos y films americanos,
a tus juventudes ice cream rellenas
de basura, a tus desenfrenados
maricones que devastan
las escuelas, la plaza Garibaldi,
la viva y venenosa calle de San
Juan de Letrán.*

*Te declaramos nuestro odio
perfeccionado a fuerza de sentirte
cada día más inmensa, cada hora
más blanda, cada línea más
brusca.
Y si te odiamos, linda, primorosa
ciudad sin esqueleto, no lo
hacemos por chiste refinado, nunca
por neurastenia, sino por tu candor
de virgen desvestida, por tu mes de
diciembre y tus pupilas secas, por
tu pequeña burguesía, por tus
poetas publicistas, ¡por tus poetas,
grandísima ciudad!, por ellos y su
enfadosa categoría de
descastados, por sus flojas virtudes
de ocho sonetos diarios, por sus
lamentos al crepúsculo y a la
soledad interminable, por sus
retorcimientos histéricos de
prometeos sin sexo o estatuas del
sollozo, por su ritmo de asnos en
busca de una flauta.³*

He sido pintado por los grandes paisajistas del siglo XIX (soy consciente que eso no es solo por mí, sino por el conjunto que hago con la Iglesia de San Antonio y el paisaje con la serranía del Ajusco). Era práctica de la Academia de San Carlos traer a sus alumnos a este lugar en su clase de paisaje instituida por Eugenio Landesio. Más recientemente mi orgullo y mi pena es que soy de los poquísimos cauces abiertos de río que quedan en la urbe.

Mi entorno ambiental está deteriorado, el río Magdalena que pasa por debajo de mí, es usado como drenaje, hay ratas y basura, pero más miedo me da cuando

sobre mi frágil superficie empedrada pasan vehículos pesados que me amenazan y me hacen temblar.

Tengo varios nombres: Puente de San Antonio, Puente de Panzacola o Puente de Chimalistac o Chimalistaca, Puente del Altillo... y estoy situado a la entrada occidental de Coyoacán. Ya les platicaré cómo fue que recibí esos nombres.

Antes de comenzar mi historia quiero hablar algo sobre los puentes. Los hay desde los que son un simple tronco de árbol atravesado de una a otra orilla, hasta los modernos puentes colgantes con tensores de acero que salvan profundos barrancos, los hallamos por doquier y de mil formas distintas. Algunos de ellos, famosísimos. Pensemos en el puente romano de Alcántara, el fílmico *Golden gate* sobre la bahía de San Francisco, el *Ponte Vecchio* de Florencia sobre el Arno, el Puente de Londres sobre el Támesis, el romántico *Ponte dei sospiri* de Venecia o el parisino *Pont-neuf* que salva los dos brazos del Sena en el extremo occidental de la *Île de la Cité* (y que, curiosamente, es, a pesar de su nombre, el más antiguo de los muchísimos puentes con que cuenta París). El de Aviñón es incluso protagonista de una de las más conocidas canciones infantiles francesas:

*Sur le pont d'Avignon on y danse, on y danse,
sur le pont d'Avignon on y danse tous en rond.*

En Latinoamérica Chabuca Granda hizo famosos dos puentes sobre el río Rimac en Lima, donde más que por su construcción material que es de fines del siglo XIX, los hizo reconocidos por su lírica. Es genial la analogía que hace del movimiento de caderas con el ruido que produce al cruzar el puente. Ambos puentes limeños de modo lírico más que material hablan del amor. Uno es el de Los Suspiros, que aún se mantiene y el de Santa Rosa que es el que inspiró la canción de la “Flor de la Canela”. Sus letras me encantan y les envidio porque nadie ha escrito algo así para mí en castellano.



Anónimo. (2013). *Dibujo a lápiz del Puente de los suspiros*. Lima: Colección particular

La flor de la canela

*Déjame que te cuente, limeña
déjame que te diga la gloria
del ensueño que evoca la memoria
del viejo puente, del río y la alameda.
Déjame que te cuente, limeña
ahora que aún perfuma el recuerdo
ahora que aún mece en su sueño
el viejo puente del río y la alameda.
Jazmines en el pelo y rosas en la cara
airosa caminaba la flor de la canela
derramaba lisura y a su paso dejaba
aroma de mixtura que en el pecho llevaba
Del puente a la alameda
mundo pie la lleva
por la vereda que se estremece
al ritmo de sus caderas
recogía la risa de la brisa del río
y al viento la lanzaba
del puente a la alameda.*

*¡Déjame que te cuente, limeña Ay!
Deja que te diga morena mi pensamiento
a ver si así despiertas del sueño
del sueño que entretiene, morena,
tus sentimientos.
Aspiras de la lisura
que da la flor de canela
adornada con jazmines
matizando tu hermosura
Alfombras de nuevo el puente
y engalanas la alameda
el río acompasara tu paso por la vereda*

*Jazmines en el pelo
Del puente a la alameda*

Puente de los suspiros

*Puentecito tendido, entre follajes y entre
añoranzas.
Puentecito tendido, sobre la herida de una
quebrada
retoñan pensamientos, tus maderos
se aferra el corazón, a tus balaustres.
Puentecito dormido, entre el murmullo de
la querencia
abrazado a recuerdos, barrancos y
escalinatas
Puente de los suspiros, quiero que guardes
en tu grato silencio, mi confidencia.*

*Es mi puente un poeta que me espera
con su quieta madera cada tarde
y suspira y suspiro
me recibe y le dejo.
Solo sobre su herida su quebrada
y las viejas consejas van contando
de la injusta distancia del amante
sus arrestos vencidos, vencidos por los ficus
de enterradas raíces en su amada.*

*Puentecito dormido, entre el murmullo de
la querencia
abrazado a recuerdos, barrancos y
escalinatas
puente de los suspiros, quiero que guardes
En tu grato silencio, mi confidencia.*

De otros puentes se cuentan historias increíbles. Por ejemplo, en Cambridge, aseguran que el *Mathematical bridge* sito a espaldas del *Queen's college* había sido construido por el mismísimo Isaac Newton, cuando lo cierto es que, en la fecha de construcción del curioso puentecillo, el protagonista de la física moderna llevaba ya varios decenios muerto y enterrado.

Tal debió de ser la importancia de algunos puentes en épocas pasadas que dieron incluso nombre a la localidad que los albergaba. Ya que citamos a la más universitaria de las ciudades inglesas, por ejemplo, no estaría de más explicar que el propio nombre de Cambridge significa literalmente "puente sobre el río Cam". A finales del siglo XI, el obispo de Astorga, Osmundo, puso armaduras de hierro al antiguo puente romano en el camino de Astorga a Braga, para protegerlo de las crecidas del río, y la población surgida junto al reparado puente (*pons ferrata*) se llamó Ponferrada. En Galicia, resulta fácil deducir la etimología de la localidad de Puente de Ume (en gallego, *Ponte do Ume*), a orillas del Ume.

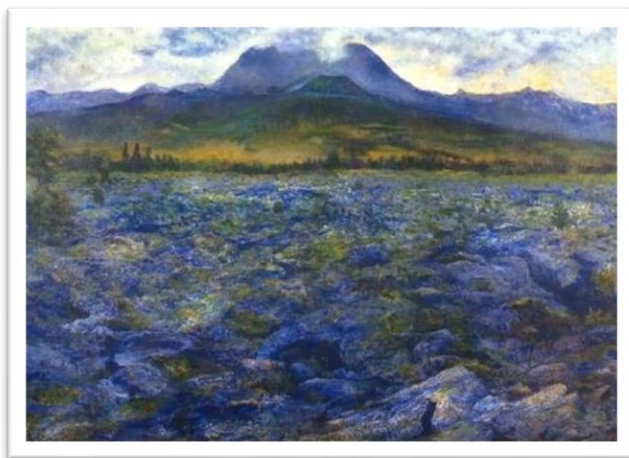


Jefferies M. (30 oct. 2006). *Puente de los Matemáticos, madera, Queens College Cambridge.*
<https://www.flickr.com/photos/ogcodes/257409323/>

En México, los más famosos, no son obras de arquitectura, sino del espíritu festivo de los mexicanos y son el puente de muertos, el puente de las fiestas patrias o los de fin de año, más los que se acumulen según el calendario. Pero también hay poblaciones que tienen el nombre de puentes: Puente de Ixtla en Guerrero, Puente Grande en Jalisco, Puente de Calderón.

En la ciudad de México, la mayoría de los grandes puentes son obras de fin de siglo XX y no son tan famosos. Sin vanidad, los desafío a que me digan el nombre de un puente en servicio que sea tan famoso como yo. Ya sé qué dirán que el Puente de Alvarado, lugar donde la leyenda dice que Pedro de Alvarado lo pasó brincando una garrocha la noche triste en su huida de México-Tenochtitlan, pero muéstrenme siquiera un grabado de él. Yo con mi arco de medio punto, y pretil decorado en una de sus partes con volutas barrocas y su placa con cuatro conchas, me encuentro en la entrada de Coyoacán desafiando al tiempo, a la historia y a la modernidad.

Antes de la peluca, la casaca y la castilla



Clausell, Joaquín. (s/f). *El Pedregal* (óleo sobre tela). México. MUNAL.

Manuel Gamio⁴ dice que originalmente la región donde me encuentro asentado, en épocas remotas se extendía desde lo que es hoy la población de San Angel hasta las de Coyoacán y Tlalpan, que era una llanura de suave inclinación, irrigada por las corrientes que descendían de la serranía del Ajusco... esa llanura fue habitada por una numerosa población.

Estas personas eran lo que hoy los investigadores llaman la cultura de Cuicuilco-Copilco⁵ que se habitó esta región entre los años 650 a 300 a.C.

De su existencia se supo a principios del siglo XX, al hacer explotar una carga de dinamita de piedra volcánica río arriba de donde estoy, en Oxtopulco, se encontró bajo 6 metros de piedra basáltica restos humanos y utensilios de esta época. Por eso sé de eso, pues cuando los descubrieron, los trabajadores corrieron a avisar a mis vecinos, que vivían en la misma calle, uno frente al otro, el ingeniero Miguel Angel de Quevedo⁶ y la arqueóloga Zelia Nuttal⁷, que habían encontrado un “muertito”. Pensaron que era un hombre prehistórico por la profundidad en donde lo encontraron y decidieron llamarle “Hombre del Pedregal”, pero Manuel Gamio explorando más el lugar concluyó que correspondían a la cultura de Cuicuilco-Copilco. Los pusieron en un museo de sitio que hoy está desaparecido. Sólo quedan los agujeros que hicieron entonces y unas oficinas del INAH.

Este lugar —y siempre lo olvidamos- está asentado en una zona volcánica y por lo tanto sísmica. Según me han contado antiguos habitantes de esta ciudad, el día *Nahui-Quiahuitl* del año 8-Técpatl, los habitantes del sur de la cuenca de México se estremecieron ante los fuertes sismos que una vez más sacudían la superficie de la tierra. Ese 24 de abril del año 76 de la era común —fecha establecida por el cronista Fernando Alva Ixtlixóchitl-, el cielo

se cubrió de un fino polvo grisáceo que ocultó los rayos del sol, y de las entrañas de la tierra comenzó a brotar una luz enceguecedora. Una lluvia de piedras relampagueantes iluminaba las faldas del Ajusco, cuando un súbito espasmo convulsionó la corteza terrestre y una viscosa masa incandescente se abrió paso, derramándose lentamente, durante varios años, hacia las orillas de la zona lacustre, arrasando y cubriendo a su paso todo aquello que encontraba.

La capa superficial se endurecía a medida que avanzaba el torrente ígneo, protegiendo al magma que, como un río subterráneo, proseguía su camino por los vericuetos que el relieve le facilitaba, llegando hasta donde su agotamiento y el mismo relieve lo permitieron, como fue el cauce del río Magdalena. Al cabo de varios años un mar de piedra humeante de quince kilómetros de largo, remplazaba la vegetación del pie de monte, mientras en la parte alta, un pequeño cono volcánico exhalaba fumarolas, festejando su nacimiento. Siglos después, los mexicas lo bautizarían con el nombre de Xitle: el ombligo, naciendo así el Pedregal de San Angel y configurando el espacio físico donde habría de asentarme dieciséis siglos después. Los españoles lo nombraron malpaís, que según el Diccionario de la lengua española es un campo volcánico reciente, con una superficie tortuosa, estéril y árida.

Este lugar hoy tan ruidoso por el tráfico y la invasión urbana, después de este fuego devorador quedó en silencio como un inmenso sepulcro cubierto por rocas oscuras. Pero al paso de los años este paraje situado a la orilla de *Tetetlan* (lugar de piedras) o *Texcallan* (paraje de rocas), como lo llamaron los mexicas se fue poblando lentamente de vida. Fueron llegando nuevos habitantes, hasta sumar cerca de 350 especies de plantas superiores, así como una gran diversidad de helechos, musgos y líquenes, más de 100 especies de aves, cerca de 40 especies de mamíferos, poco menos de 20 especies de reptiles, alrededor de 50 especies de arañas y otras tantas de mariposas. Aquí vino mi primer orgullo y preocupación, pues en mi colindante pedregal de San Angel encontramos hoy amenazado a más de la mitad de las especies de plantas, una tercera parte de las aves y cuarenta por ciento de los mamíferos conocidos de la cuenca de México, siendo este sitio la zona de mayor diversidad biológica de toda la cuenca durante el último milenio, un espacio que el tiempo ha enriquecido, ignorando el futuro que la humanidad le deparaba.

El paisaje donde estoy y antes de que me construyeran y lo pisaran de nuevo los humanos lo dominaba una gran peña de material volcánico de cerca de veinte metros de altura desde la orilla del río que, al chocar con él, hacía que cambiara su curso hacia el norte, y es donde hoy se asienta la que fuera hacienda de San José del Altillo. En la parte sur se hizo un gran hueco, que hoy ocupa un centro comercial y su estacionamiento, que con las crecidas del río se inundaba y poco a poco fue dejando una playa de tierra fértil, donde se fue desarrollando un bosque de pinos, ocotes y oyameles. En las orillas de la peña, que lo limitaba al oriente, fueron creciendo magueyes, palo loco y otros arbustos. En su parte norte se extendía una ligera pendiente que no fue cubierta con lava y que llegaba hasta los

tulares de la laguna de Xochimilco que en ese entonces llegaban a lo que hoy es la plaza de Santa Catarina y el Centro Bancomer hoy Secretaría de Educación Pública, donde los constructores encontraron un embarcadero prehispánico que volvieron a tapar, y que según cuentan, fue en estos campos donde iniciado el Virreinato, se realizaron los primeros cultivos de trigo de América.

Mi vecindad estuvo deshabitada desde el siglo primero de nuestra era y no hubo ningún asentamiento humano sino hasta probablemente mediados o fines del siglo XVI. Era una frontera entre los campos de cultivo, el pedregal y los mexicas que comienzan a habitar los alrededores le comienzan a dar varios nombres: *Atlitic*, *Atilitla* y *Apantetepuzca*. Y sus nombres perduraron hasta principios del siglo XX entre los que aún hablaban náhuatl en esta región y que Hans Lenz recogió.⁸ El primero fue el más usado y significa “agua negra”, enseguida, por extensión y asociación: (el poblado se localiza) enseguida del agua (que proviene de la cañada) negra, oscura. Los dos nombres tienen un significado más o menos similar al primero, y concuerdan con la topografía del lugar. Cuando llegan los españoles, por asociación llamaron a esta zona San José Atlitic, quedando finalmente San José del Alttillo, que nada tiene que ver en su etimología con cerrillo o sitio elevado, aunque topográficamente coincida.

La parte sur del Alttillo, que luego fue la huerta de frutales de la hacienda, formaba una planicie más o menos ondulada, rodeada de las murallas formidables del Pedregal, como aún se puede ver desde el estacionamiento de lo que hoy es centro comercial. Ahí tenía lugar lo que a continuación narraremos, porque aún a principios de siglo XX se hacían en ese lugar danzas rituales que simulaban una cacería, como cuentan por tradición oral algunos vecinos y que el franciscano Fray Bernardino de Shagún recogió: “Al llegar al mes Quecholli, decimocuarto de mes en el calendario mexica, había una cacería sagrada y al llegar a Chimaliztac, último punto importante de Coyohuacan, dejaban allí sus escudos que en ocasión de la cacería eran blancos”⁹ (Chimalli-escudo, Iztac-blanco). De ahí subían al cerro sagrado del Zacaltépetl donde había un oratorio propiciatorio.



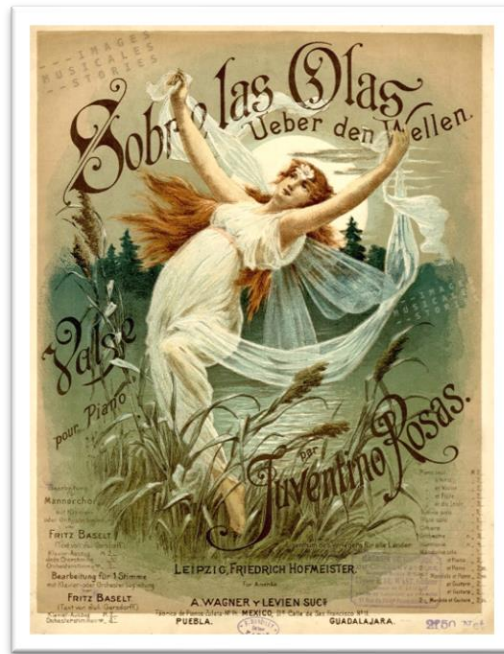
Anónimo. (s/f). *Cazadores rituales en la fiesta de Quecholli presididos por el tlatoani*. México: Mediateca INAH. https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/fotografia%3A310881

Llegaban de Tenochtitlan y Tlatelolco a celebrar un rito de caza dedicado a Mixcóatl (culebra de nubes), que era la culebra de nubes blancas o la vía láctea que era el padre del género humano después del sol de agua.¹⁰ Eran presididos por el tlatoaní y la cacería ritual iniciaba aquí y se hacía en el cerro del Zacaltepetl, considerado sagrado. Para los que vivimos en la ciudad, sabemos que las lluvias generalmente vienen de las cañadas de Contreras y la falda del Ajusco hacia el centro de la cuenca. Por eso eligieron ese lugar al inicio de la pendiente hacia la serranía. Los mexicas llegaban después de cinco días de minuciosa preparación.

El día que llegaban hacían xacales o cabañas de heno, y hacían fuegos y ninguna otra cosa hacían aquel día. Otro día, en amaneciendo, luego almorzaban todos y salían al campo y hacían una ala grande (se ponían hombro con hombro formando una gran malla humana), donde cercaban muchos animales, ciervos, conejos y otros animales, y poco a poco iban juntando hasta acorralarlos todos. Entonces arremetían y cazaban cada cual lo que podía.¹¹

Este ritual era la manera en que se debía recibir a los dioses para favorecer el temporal. Por la regularidad cósmica en que éstos se mueven, tenía que ser realizados en un lugar y en un tiempo específicos. Los ritos eran concebidos como una forma de pago y petición. Servían para alimentar a los dioses, por lo que su omisión podía acarrear un castigo o faltar el agua y el alimento. El lugar era visto por los antiguos mexicanos como una frontera, un puente entre el orden establecido y lo desconocido, representado por el territorio pedregoso. Hoy es solo un paso al ritual del consumismo, pues el lugar lo ocupa el centro comercial de una cadena transnacional.

El río Magdalena



Rosas, Juventino. (1885). *Sobre las olas*. México: Wagner.

Mi vida no tendría sentido si no existiera el río. Fray Andrés de San Miguel decía: “Cuatro cosas hacen a nuestro propósito acerca de las aguas: la primera es que la halléis, la segunda que la guieis, la tercera es que la escojáis y la cuarta que la conservéis”.¹² Esto es lo que ese río significó para los habitantes del suroeste de la cuenca de México y que pasa aún por debajo de mí. A este río antiguamente se le conoció por diversos nombres: Atlitic, el Grande o Negro por las cenizas volcánicas que arrastraba.

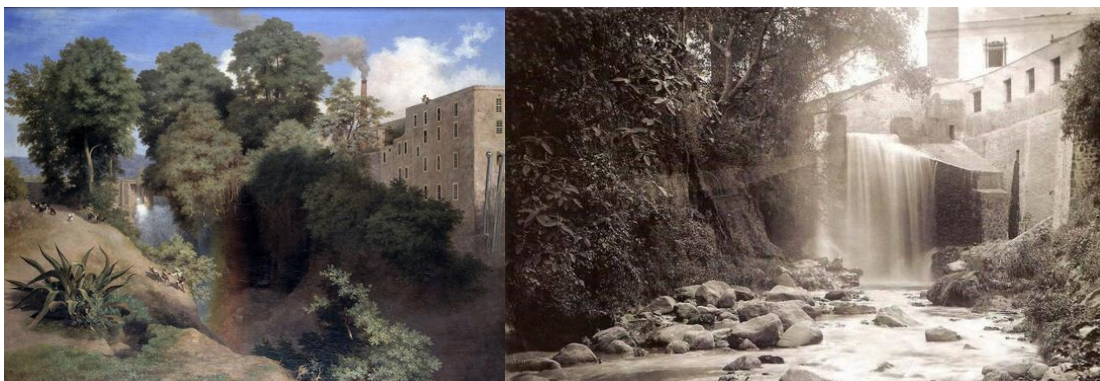
El nombre de Magdalena que se le dio en el Virreinato se debe a que los frailes dominicos por petición del Marqués del Valle, Hernán Cortés que fundaron un pequeño templo bajo la advocación de Santa María Magdalena a la orilla del río que desde entonces se llamó “La Magdalena Atlitic”, prevaleciendo con el tiempo el de Magdalena.

El caudal del río y su caída de unos 500 metros de altitud desde Contreras hasta su desembocadura en la laguna de Xochimilco a la altura de Churubusco dio lugar al establecimiento de molinos de trigo, obrajes y batanes, siendo famosos el de Posadas (hoy son oficinas de la Secretaría de Cultura) y Panzacola (hoy casa hogar para varones en conflicto con la ley).

Para los habitantes de la zona era vital el agua de ese río, y se suscitaron innumerables querellas legales por el uso de sus aguas, como las que volveremos pronto a ver por la

escasez de agua. Pero les voy a contar una del siglo XVII que me refirió un gran cronista y amigo Francisco Fernández del Castillo y les glosó.¹³

Los religiosos carmelitas, llegados después de los dominicos, con objeto de regar sus tierras, formaron presas en los dos ríos que atravesaban su huerta, y pusieron unos puentes, algunos que hoy subsisten como memoria en piedra. Pero el cura de Coyoacán, de los dominicos, celoso del incremento que tomaba el convento, alborotó a la población náhuatl originaria diciéndoles que esos intrusos les quitaban sus aguas, y capitaneándolos, fueron armados de palas y zapapicos para destruir las obras hidráulicas. El fraile carmelita rector nada dijo, solo mandó construirlas de nuevo, dando órdenes de no molestar a la población indígena. Pero apenas habían concluido de renovar las construcciones cuando el cura dominico con parte de la comunidad originaria las destruyó nuevamente en presencia de los religiosos carmelita. Estos nuevamente hicieron la inversión en construcción, siendo nuevamente destruidas con más rabia. Lo que más les irritaba era no violencia de los carmelitas ante tales atentados. Otra vez reedificaron y otra vez destruyeron, y para hacer más burla, tocaban trompetas en señal de júbilo y para indicar su presencia. Ante los reiterados atentados, los frailes carmelitas interpusieron una queja con el padre provincial de los Dominicos que destituyó al párroco y recluso en el convento mayor de Santo Domingo en la Ciudad de México.



Izquierda: Velazco, José María. (1863). *El Cabrío*. México: MUNAL. Derecha: Anónimo (ca. 1920). Dibujo a lápiz de la cascada de El Cabrío sobre el río Magdalena. México: Colección particular.

Para que ustedes lo sepan, ciertos tramos del río eran muy pintorescos. Dos cascadas dieron lugar a que fueran perpetuadas por renombrados artistas como Ferdinand Schmöll y José María Velasco. La más famosa por los días de campo que se hacían en ella era la de El cabrío adosada a una fábrica de papel y que hoy ocupa el centro comercial Loreto. Así describe este lugar Justo Sierra:

Una montaña se endereza al borde del abismo; caprichosas rocas de granito se agarran a la montaña con sus enormes antenas de piedra, como temerosas de caer: por la cumbre de la serranía, soberbia, espantado con sus mugidos a las aves que huelen despavoridas al acercarse a ella, viene amplia y magnífica una corriente de agua.

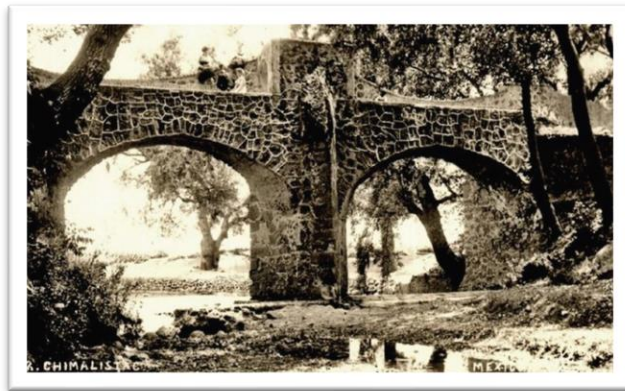
De improviso el álveo se pierde, el río aborda el precipicio; encrespase como si tuviera el vértigo de la altura, oscila un minuto y desbaratando al fin su cause en el vacío, brinca, se precipita, azota con furia gigantesca las peñas de la pendiente, y rueda por fin en lo hondo de la quebradura, jadeante, bañando sus nuevas riberas con una blanquísima sábana de espuma en tanto que su hálito de brumas sube al cielo entre las alas multicolores del arco-iris.

Enmudeced a toda la naturaleza en torno a la maravilla, escuchad el grito del trueno que abriga en su líquida falda, y si algún otro que no sea Dios, debe hablar allí, dad una voz a Chateaubriand o una lira a Heredia.

He ahí una de las grandes fases de la naturaleza, he ahí lo sublime, he ahí lo que hace temblar.¹⁴

Este río era de una gran actividad. Todavía recuerdo con nostalgia cómo las mujeres de los barrios de Santa Catarina y Panzacola lavaban en él la ropa; la tallaban sobre grandes rocas pulidas por la acción del agua y del tiempo; las riberas cubiertas por arbustos, el cielo raso o manto con sus flores azules y frondosos ahíles y fresnos, aparecían tapizadas de blanco, debido a la ropa tendida para secarla al sol. El día de San Juan, entusiastas jóvenes se bañaban, tal como lo indicaba la costumbre. Eran escenas caseras que se desenvolvían tranquilamente y que terminaron en la década de los cuarenta del siglo XX.

Había unas pequeñas represas para el riego local y, apenas visibles entre el follaje de los árboles, en lo que hoy es la calle del río de Chimalistac, un hermano mío, un puente de mampostería —que aún existe- servía de púlpito desde el cual los frailes carmelitas ejercitaban la voz, tratando de sobreponerla al murmullo de las aguas, cuando estas formando una cascada, se venían sobre las rocas, o buscaban paso entre ellas.



Anónimo. (ca. 1920). Puente “El Pulpito” en Chimalistac, sobre el río Magdalena. México: col. Particular.

El caudal del Magdalena no era cuantioso. Era suficiente para abastecer los requerimientos cotidianos de la región. Pero cuando en la sierra se presentaban copiosas lluvias o tormentas, éstas ocasionaban las temidas “avenidas”, el río crecía a tal grado y con fuerza no imaginada; cualquier persona que por descuido se encontraba en el cauce corría el

peligro de ser arrastrada por el ímpetu de esa corriente y morir ahogada. Esas aguas, antes tranquilas y relativamente claras, ahora grisáceas, saturadas de tierras erosionadas, arrastraban con todo lo que encontraban a su paso. Más observarlas desde un lugar seguro como es desde mi pretil, aún hoy es todo un espectáculo.

Mi vida se fue haciendo junto con el río Magdalena del que dice románticamente Federico Gamboa en “Santa” que desarrolla parte de su historia a la orilla de este río:

A donde llega el rumor de la catarata doble de la presa grande -por cuyos dos arcos de piedra y después de atravesar la huerta extensa del vetusto y secularizado convento del Carmen, se despeña el río-, tan melancólico y desvanecido, cual si las ondinias quiméricas de sus aguas se impusieran la poética tarea de arrullar a los cuerpos que descansan (en el cementerio cercano), y entonaran, dulcísimamente, la balada de la muerte.¹⁵

Otra historia olvidada, pero muy presente para mí, es la que escribió junto al río Magdalena el músico y compositor Juventino Rosas.¹⁶ En 1885 se traslada al pueblo de Contreras donde era el músico de los distinguidos círculos porfiristas, viéndolo pasar varias veces para ir a tocar en casas de Coyoacán y San Angel. En este ambiente compuso su vals “A la orilla del sauz” que luego de varias sugerencias tituló “Junto al manantial” para llamarlo finalmente “Sobre las Olas”.

Uno de los lugares donde por primera vez se tocó fue en una reunión campestre en Coyoacán. Narra Manuel M. Ponce que la primera pieza de un baile de la Corte Imperial, celebrado en el teatro de la Opera de Berlín, con la asistencia del Káiser Guillermo II, fue nada menos que el citado “Uber den Wellen”, sin que se mencionara al compositor. El 7 de febrero de 1888, el maestro Rosas cedía a la casa Wagner y Levien los derechos del vals “Sobre las Olas”, y del chotis “Lazos del Amor”, recibiendo por ambos 45 pesos que no mejoraron en gran cosa la precaria situación del maestro.

Otro gran escritor José Emilio Pacheco dice:

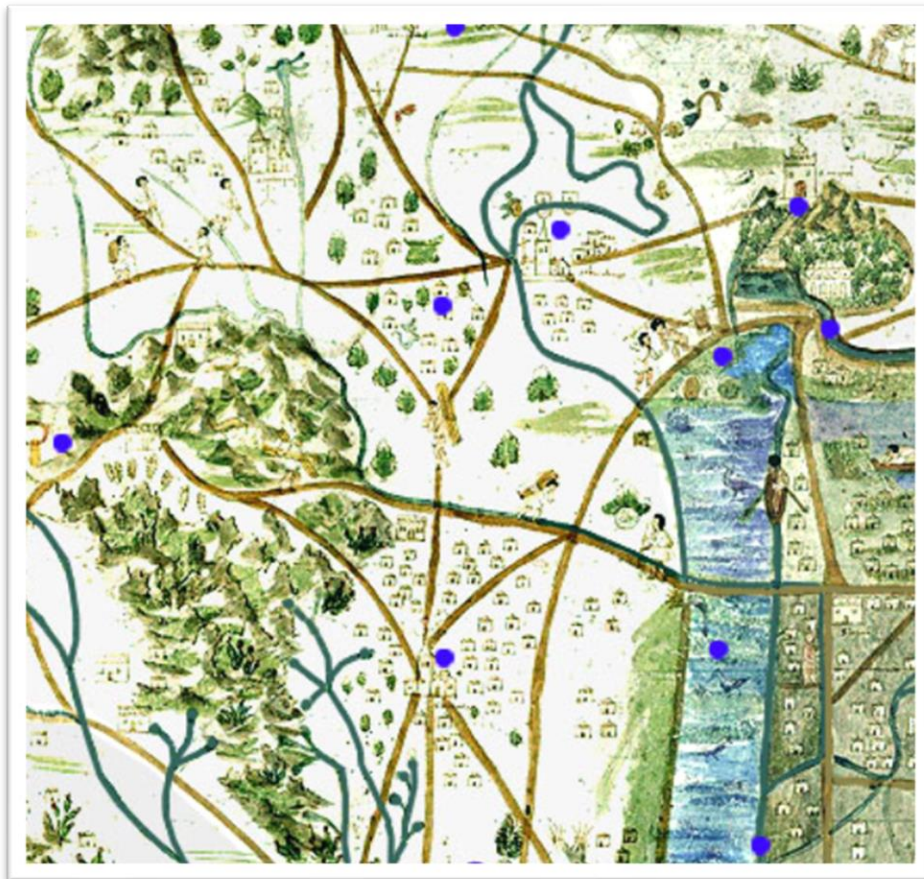
Poco antes del fusilamiento en Querétaro, Johann Strauss estrenó el Danubio azul que Kubrick eligió para 2001, Odisea del espacio. El vals fue el rock del siglo XIX, la primera música que resonó al mismo tiempo en todo el planeta y simbolizó el vértigo, la proximidad y el alejamiento del deseo. Sólo otro vals le disputa al Danubio azul el privilegio de ser tocado todos los días, a toda hora y en todo el mundo. Y es *Sobre las olas*, la obra más universal entre todas las producidas por las artes mexicanas. Pero nada más sus compatriotas sabemos que es de Juventino Rosas. Dondequiera se piensa que también lo hizo Strauss. Lástima que se hayan acabado los ensayos de psicologías nacionales. Nos hubieran dicho por qué los vales vieneses son alegres y en cambio los mexicanos padecen de una tristeza y melancolía sólo igualadas por la música andina. Si, como afirman algunos de sus biógrafos, Juventino Rosas hizo su composición inmortal en Contreras, a orillas del

Magdalena —el último río de la ciudad aún no asesinado ni entubado—, el dolor se entiende como una premonición de lo que es hoy el pobre riachuelo y marca la distancia que nos separa de Viena.¹⁷

En 1935 se entubó el río Magdalena, dejando descubierto sólo el tramo que va de Panzacola -o sea desde donde estoy yo- hasta el entronque con el río Churubusco, frente a los Viveros de Coyoacán, por una condición que estableció Miguel Angel de Quevedo en su testamento al donarlos a la nación en 1907, y si no se cumplía, estos regresarían a su propiedad o a la de sus herederos.

Fabrica y primeros años

18



Anónimo. (1550). *Mapa de Uppsala*. México: México Mágico. <http://mexicomaxico.org/Tenoch/TenochUppsala.htm>

En este fragmento del Mapa de Uppsala podemos ver la región de Coyoacán y San Ángel. A la izquierda el pedregal, al centro la villa de Coyoacán, limitada al norte por el río Magdalena y en el cruce del camino la casa mayor de lo que hoy es la hacienda del Alttillo, tamemes con leña y pesca. Al norte el símbolo de Tenanitla, luego San Ángel y a la derecha, parte de la laguna de Xochimilco. Y en la parte superior derecha el montículo de Chapultepec.

Mi leyenda comienza con el Virreinato, me tocó ver pasar a muchos indígenas que traían leña y madera de los bosques de Contreras para las cocinas y casas de Coyoacán.

Fui primero hecho de madera, pero en las épocas de aguas y con el paso de carruajes, me dejaban en muy mal estado. Fui construido en la segunda mitad del siglo XVIII, junto con mi compañera la capilla de San Antonio y ambos somos la entrada a la Villa de Coyoacán. Aún hoy en el remate del pretil, se ostenta la inscripción con la fecha en que fui estrenado: fiesta de la Candelaria, 2 de febrero de 1762 y el resto del texto fue bárbaramente borrado en virtud de la absurda ley del 2 de mayo de 1826.¹⁸

Arriba del macizo del pretil, donde hoy hay una bola de piedra, existió una imagen de San Antonio de Padua, que los caminantes saludaban con veneración y respeto, encomendándose con frecuencia a su ayuda para el feliz término de su viaje, con fervientes oraciones y promesas. Ayuda por demás muy necesaria en tiempos en que si el caminante escapaba de caer en manos de algún bandido, era para caer en las de algún guerrillero que tuviera muchos puntos de semejanza con el primero, y lo mismo era desvalijado al grito de bandera de “Viva la libertad”, que la de “religión y fueros”.

Una noche de la segunda mitad del siglo XIX, en la época en que los caminos de la región estaban plagados de bandidos, que bajo el pretexto de la revolución cometían toda clase de atropellos con los pacíficos vecinos, de robos y |; lo hostilizaban llamándolo el “descomulgado”, e incluso tuvo que irse de la población. Incluso hay algunos que dicen ver su ánima en pena jineteando en las noches de luna sobre el empedrado de lo que era la plaza de San Antonio y mi superficie.

La capilla de San Antonio de Padua



Anónimo. (ca. 1915). *Church near Coyoacán*. México: Tarjeta Postal. Col. Particular

Los ancianos del pueblo afirman que mi fábrica actual, así como el de la capilla, fue para pagar una manda para corresponder un milagro de San Antonio de Padua.

El cruce de lo que es hoy la calle de Francisco Sosa y Avenida Universidad fue creado en 1952 para abrir una vialidad rápida de Ciudad Universitaria al centro de la ciudad y cuyo nombre original era licenciado Fernando Casas Alemán, ex gobernador de Veracruz y

regente de la Ciudad de México. Pero los universitarios protestaron y no lo permitieron llamando a la avenida como Universidad poco tiempo después. El trazo de avenida Universidad atravesó la plaza de Panzacola,¹⁹ plaza pública de la comunidad y que al abrirse provocó la división de propiedades y la invasión de la plaza, primero por el entonces director de Bellas Artes Miguel Álvarez Acosta para construir su casa en Panzacola y Francisco Sosa; inmediatamente por el padre José Guzmán Ponce de León, superior de la en ese momento casa de estudios de los Misioneros del Espíritu Santo que habían recibido en donación lo que quedaba de la Hacienda de San José del Altillo y que ante la impunidad del actuar del político y la amenaza de invasión, en una noche levantó la barda actual de piedra. Del otro lado de la avenida la plaza fue invadida por particulares y el seminario bautista. Así desapareció esta plaza, quedando destazada y convertida en un anodino cruce vial.

La plaza de San Antonio era el inicio del camino hacia Acapulco y ahí existía una aduana para recolectar impuestos que entraban al Valle de México. En el lugar que hoy ocupa la capilla de San Antonio vivía una familia de la que, tanto el padre, como los hijos, estaban dedicados al muy poco honorable y arriesgado oficio de contrabandistas para evitar el pago de alcabalas, y si bien solían tener pingües ganancias, en cambio corrían el riesgo de morir ahorcados en algún árbol cercano, si alguna ronda de alguaciles los cogía infraganti, y no solamente a ellos, sino que era allí el centro de reunión y depósito de mercancías.

Las autoridades, que supieron los manejos de esos hombres, los vigilaban y procuraban sorprenderlos, como en efecto lo hicieron en cierta ocasión, en que estaba la casa enteramente llena de barricas de vino, pipas de aguardiente, cántaros de aceite, balones de papel, tercios de azúcar y tabaco, zurriones de añil, churlas de canela, cuñetes de aceitunas, barcinas de lana y algodón, y en fin, fardos con toda clase de mercancías, de las más granadas por el Real Fisco, que debían de introducir a la capital defraudando a la Real Caja los derechos de alcabalas, peajes, portazgo y otros tributos con que tropezaba el comercio interior del país y que se conservaron hasta fines del siglo XIX.

La esposa de uno de los contrabandistas y madre de los otros, al ver llegar a los alguaciles, se conmovió profundamente y un terror la invadió al considerar las terribles penas con que serían castigados.

La casa, como decíamos, estaba enteramente llena de mercancías de todas clases y no se podían ocultar; simplemente se limitó a cubrir los bultos con unos petates y se puso a implorar la protección de San Antonio en tan duro trance, ofreciendo, si los salvaba de ese tan gran peligro y salían bien de tan amargo trance, dejarían el contrabando, derribarían la casa y en su lugar construirían una capilla, que recordara el milagro.

Llegó la justicia, cateó la casa y, a pesar de estar llena de efectos y sólo cubiertos con petates, por más que buscaron, nada vieron, ni nada encontraron; las mercancías se

habían vuelto invisibles para las autoridades, que se retiraron de aquel lugar proclamando la inocencia de aquellas pobres gentes ¡que habían sido calumniadas!

No faltó un malicioso deslenguado que dijera que los pantalones del alcalde y del jefe de la cuadrilla, estaban muy abultados, y otro vecino de oídos de perro dijo que cuando salían de la casa, sus bolsillos producían un sonido como de doblones. La casa fue derribada y en su lugar se levantó la humilde ermita y el puente.

La capilla junto conmigo, somos aún la puerta de entrada a Coyoacán o a San Angel, por cualquiera sea la parte por donde se venga en el camino Real. En la fachada enmarcada por unas volutas barrocas, en la piedra angular de su arco de medio punto se encuentra tallada la imagen de San Antonio de Padua, su patrón, invocado como protector de los asnos y caballos y sobre todo para hallar los objetos perdidos y más famoso para conseguir novia o novio; y en el nicho del patrocinio curiosa e inexplicablemente se encuentra San Sebastián Mártir.

Cuando pusieron las vías del Ferrocarril del Valle de México



Anónimo. (ca. 1910). Postal de estación terminal del tren del Valle de México, San Angel. México. Col. Particular.

Como fue avanzando el siglo XIX, San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), Coyoacán, San Angel, Mixcoac y Tacubaya se fueron poblando de fincas campestres donde las familias adineradas de la capital venían a pasar lo que llamaban “la temporada”, meses de julio a septiembre, en que con las lluvias, la Ciudad de México (hoy Centro Histórico) se volvían insufrible por el lodo y los malos olores de las aguas estancadas. Un sueño del general Santa Anna fue el de poder recorrer en un cómodo y rápido ferrocarril la distancia entre la Ciudad de México y Tlalpan el Monte Carlo mexicano, para poder apostar en los gallos y las cartas.

Por eso, en 1840 les había otorgado a sus amigos: el tercer conde de la Cortina, José Justo Gómez de la Cortina, prestamista y Manuel Escandón, dueño de todas las líneas de diligencias que existían en esa época, la concesión para la construcción del llamado

Ferrocarril del Valle de México que conectaría la Ciudad de México con Tacubaya, Mixcoac, San Angel y San Agustín de las Cuevas. Por falta de recursos y ante la inestabilidad del país, el proyecto no prosperó sino hasta 1856, cuando los antes mencionados ceden la concesión al ingeniero Luis Hamemecken, que sólo hizo los planos, cierto el tramo entre San Angel y Tlalpan. Originalmente lo atravesaba por el Pedregal.

El proyecto se retoma durante el imperio de Maximiliano I y en el año de 1865 inaugura el tramo de la Ciudad de México a Tacubaya. El 16 de julio con motivo de las Fiestas del Carmen de San Angel inaugura junto con su esposa Carlota Amalia el tramo a San Angel, llegando a estos lugares la primera locomotora de vapor desplazando al ferrocarril de mulas.

En 1868 el proyecto que debía atravesar el Pedregal es desechado por incosteable, ya que para salvar el agreste lugar se necesitarían muchos puentes, vados, así como dinamitar mucha piedra volcánica. Entonces se desvía para que pase por Altavista a Coyoacán, tendiendo las vías por un costado del río Tequilazco o río San Angel (Hoy Vito Alessio Robles), cruzando el río Magdalena en el puente de la correccional de mujeres (hermano mío que aún subsiste), pasando por la calle del Río para doblar —frente de mí— por la Calle Real de Santa Catarina (hoy Francisco Sosa), por la cual seguía hasta la calle de los “rieles viejos” (hoy presidente Carranza), calle del Ferrocarril y siguiendo por la llanura en lo que hoy es la calle de Pacífico, pasando por los pueblos de los Reyes, San Pablo Tepetlapa, la Hacienda de San Antonio de Coapa, Huipulco y la estación terminal en San Agustín de las Cuevas (Hoy Tlalpan).



Anónimo. (1926). El Primer Ferrocarril que hubo en el Distrito Federal. *Electra* 1/1926, p. 9.

Para el año de 1875 se vuelve incosteable el ferrocarril de vapor, por lo que se cambia a tracción animal. En 1889 Agustín Cerdán, encarga a Miguel Angel de Quevedo la reconstrucción de las vías, hacer algunas correcciones al trazo, así como algunos puentes como el de la Barranca del Muerto. Estas obras son inauguradas con gran pompa por el

presidente Porfirio Díaz y su esposa Carmen Romero Rubio el 18 de octubre de 1890. En esas correcciones al trazo es cuando bajan el tren por avenida La Paz y ponen las vías para el tren de mulas, para seguir por Francisco Sosa.

En el año de 1901 los tranvías de “mulitas” son cambiados por tranvías eléctricos. El servicio era hecho por grandes tranvías amarillos conocidos como “el pambazo” que arrastraban un remolque donde se podían llevar bultos voluminosos. O tenían un segundo carro verde de segunda clase. Había corridas especiales como la que hacían las familias adineradas que llevaba el pomposo letrero “San Angel - *Deutsche Schule*” que iba por las mañanas al Colegio Alemán en Tacubaya. O el “rápido”, con paradas limitadas y que hacía 20 min. a la Ciudad de México, lo que permitía a los señores ir a sus trabajos al centro de la ciudad y regresar a comer a Coyoacán.

Otra ruta para ir a la ciudad era la que partía del zócalo, tomaba la calle de 5 de Febrero, daba vuelta en Cuauhtemotzin, hoy Fray Servando Teresa de Mier, luego doblaba a la derecha en la calle de San Antonio Abad, continuaba por la calzada de Tlalpan hasta llegar a Churubusco y seguía su curso por Héroes del 47, avenida Hidalgo hasta llegar a Coyoacán. Recorría los viejos muros del atrio de la iglesia de San Juan Bautista, que luego fue convertido en el parque Centenario, entraba en la hermosa y sin par calle de las Damas o Real de Santa Catarina, que luego se llamó avenida Juárez y actualmente es Francisco Sosa, la recorría toda hasta llegar a la parada Panzacola. Después de cruzarme, seguía por la calle del Arenal y luego por la de La Paz, llegaba a San Angel, rodeaba el jardín de San Jacinto y volvía por el mismo camino de regreso al Zócalo.

La primera corrida era a las cinco de la mañana, cada cuarto de hora llegaba un tranvía a su destino y el último lo hacía a las dos de la mañana. Como se ve era un servicio magnífico que ya quisiéramos en nuestros días. Después de las diez de la noche se le quitaba el remolque al tren, en el depósito de San Antonio Abad, y los últimos viajes los hacía sin el carro remolque. Este servicio subsistió hasta el año de 1954.

Ahora les comparto algunas historias relacionadas con esta zona y que son conocidas por los que habitamos aquí.

La primera según viejos relatos de principios del siglo XX, todas las noches a las doce abordaba desde esta parada del puente de Panzacola, un hombre embozado en una capa y con gran sombrero. Al subir al tren decía al conductor: “Traigo abono” y se pasaba rápido al interior del carro, con prisa lo recorría y descendía por la puerta trasera a la siguiente parada.

Todas las noches se repetía la misma escena hasta que una noche el conductor optó por pedir que le mostrara el abono que decía tener. El hombre detuvo el paso, se volvió y bajo el embozo, el conductor se llenó de miedo. Un frío helado recorrió todo su cuerpo, y poco faltó para caer desmayado. El pasajero mostraba bajo el sombrero una descarnada calavera con dos hoyos por ojos y dos hileras de dientes que daban la impresión de estar riéndose.

La segunda es la que relatan también los ancianos del rumbo que el misterioso pasajero fue en vida un humilde muchacho que tuvo la desgracia de haberse enamorado de una de las bella y ricas doncellas que vivía frente a la parada de Panzacola. Se vieron por primera vez camino al templo y los hirió cupido, recibieron el flechazo en pleno corazón y terminada la misa, él la siguió para saber dónde vivía.²⁰

Empezó el galán por rondar la casa, mirar largamente hacia las ventanas, hasta que un día vio asomarse en una de ellas, en el piso alto, a la dama de sus sueños; se quitó el sombrero e hizo una ligera inclinación, la dama correspondió al saludo agitando un pañuelo blanco e inmediatamente desapareció. Esta escena se repitió todos los días, había mutua atracción a pesar de la gran diferencia de posición social. Era un amor imposible y por imposible, era más vehemente.

La muchacha era huérfana de madre, el padre autoritario, hosco, celoso de su hija a la que tenía casi cautiva, no la llevaba a fiestas ni paseos. No tenía amistades, su única salida era el domingo a temprana misa y escoltada por su padre o por una vieja y fiel sirvienta.

Un domingo, valiéndose de mil mañas, logró el galán burlar la vigilancia y entregar a su amada un paquetito que ella guardó rápidamente bajo su capa. De vuelta a su casa subió presurosa a su alcoba y con mucho sigilo abrió el paquete y encontró una hermosa paloma con un recado atada a una pata que decía: “Esta paloma será nuestra mensajera”.

Desde ese día hubo intercambio epistolar, la paloma bajaba donde estaba el muchacho y luego regresaba a la ventana donde era recibida por la dama. Nunca se hablaron, jamás conocieron sus voces, su único mudo confidente fue la paloma.

Se dio cuenta el padre del idilio y encaró al muchacho, lo amenazó de muerte si seguía rondando su casa tratando de robar el corazón de su hija. Los amantes decidieron cambiar la hora de la cita para más noche y así burlar la vigilancia paterna. A las once llegaba el joven embozado en su capa para protegerse del frío y una hora más tarde, a la media noche, se despedía de su amada y tomaba el tranvía en la parada de Panzacola para regresar a su casa.

Cierta noche que el padre de la novia llegaba tarde a su casa, se dio cuenta de la desobediencia y lleno de ira pagó una mano asesina para matar al galán; noches después era arteramente asesinado. La paloma al regresar a la ventana llevaba el pico y las patas manchadas de sangre fresca y a la mañana siguiente la dama la encontró muerta en su jaula.

Las siguientes noches la joven abría su ventana y encontraba a su galán en el lugar de costumbre, fiel a su amor venía del más allá para asistir a la cita. Daban las doce de la noche y como en vida lo hiciera, se despedía de la dama con una ligera inclinación y se dirigía al puente para tomar el tranvía y llegar a su casa.

Otra historia es la que recogen unos vecinos míos: El licenciado José Lorenzo Cossío y el doctor Alberto Pulido, en “Coyoacán, historia y leyenda”,²¹ donde hablan de una dama vestida de blanco que todas las noches, a las doce hacía la parada al tranvía en la

mencionada parada del puente de Panzacola; el motorista detenía la marcha, abría la puerta y la dama desaparecía.

Según cuentan algunas personas, a esa persona le raptaron a un hijo pequeño y después de buscarlo por todas partes lo encontraron muerto debajo de mí. Debido a esto perdió la razón y en su locura vistió siempre de blanco y todas las noches salía de su casa, llegaba al puente y bajo su bóveda, donde había encontrado a su hijo muerto, lloraba y gemía dando lastimeros lamentos por su pérdida; la gente dio en llamarla “la Llorona”. La dama, después de triste vida, murió y desde entonces, noche a noche, llegaba al lugar del crimen, detenía el tranvía y desaparecía.

De inseguridad y secuestros



Posada, José G. (1910). *El sensacionalismo (sic) jurado de Jesús Negrete o sea "El Tigre de Santa Julia"* (grabado en madera). México: Venegas Arroyo.

Hay quien se queja hoy de la inseguridad de esta zona, para mi es historia vieja y les cuento una de 1868, restaurada la república y fusilado Maximiliano de México, cuando todos los habitantes de la República se ocupaban en engalanar las fachadas de sus casas con banderas y gallardetes para celebrar el aniversario de la independencia nacional, el 16 de septiembre, junto a mí, de las ramas de uno de los corpulentos fresnos que majestuosos se levantan frente a la entrada de la que fuera hacienda del

Altillo, estaba colgado el cadáver de un hombre a quien la justicia había mandado fusilar a las seis de la mañana de ese mismo día.

Los pocos caminantes que iban a las fiestas de los pueblos de la comarca o a los mercados, se detenían horrorizados ante el fúnebre espectáculo. El ajusticiado, mal cubierto con un sucio trapo, dejaba ver en su lívida y ensangrentada faz, desfigurada horriblemente en gesto grotesco por el tiro de gracia, grandes manchas de sangre coagulada, revuelta con tierra, formando un lodazal asqueroso que se destacaba sobre el color cobrizo de sus repugnantes facciones.

La población de San Angel y sus alrededores estaban conmovida y horrorizada al saber que el día 12 de septiembre habían plagiado a un pacífico ciudadano francés que acompañado de un niño habían salido a cazar al Pedregal; las más horribles versiones corrían acerca de la suerte de las víctimas.

Con el segundo Imperio, dos años hacía que la población estaba tranquila y creía que los tiempos de los robos y de los asaltos habían pasado, pues antes eran el pan de cada día. Hordas de bandidos que haciéndose pasar por beligerantes en las contiendas intestinas, plagaban el país, siempre gritando contra las autoridades, cualesquiera que ellas fueran, de modo que los mismos crímenes cometían al grito de "Religión y fueros", que al de "Viva la libertad" y al de "muera o viva la República o el Imperio". Esos bandoleros, lo que buscaban, era el desorden para aprovecharse del pillaje; fueron y han sido siempre el desprestigio de todas las causas, las revoluciones y movimientos sociales.

Los que sentaban sus reales por estos rumbos, después de sus hazañas criminales, encontraban en el Pedregal con cuevas y tortuosos caminos de lava, un asilo seguro desde donde espiaban su presa, para caer después como buitres

sobre los ciudadanos pacíficos y huir impunes a su guarida.

El gobierno juarista, el día 14 de septiembre, después de una minuciosa pesquisa en el Pedregal, se aprehendió a un sospechoso llamado Santiago Tovar, prófugo por homicidio en Río Hondo, al que se le encontró el borrador de una carta en la que pedía seis mil pesos en oro por el rescate del ciudadano francés José Camoin, que comerciante que residía en Coyoacán plagiado por el imputado.

Con mucho esfuerzo se le pudieron sacar algunos datos, pues el bandido Santiago Tovar se mostraba por demás, soberbio y rebelde, negándose a confesar y amenazando



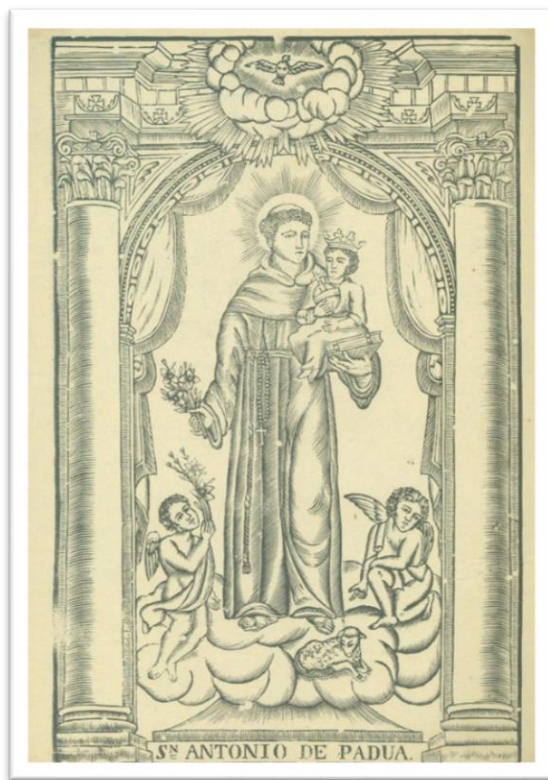
Anónimo. (12 febrero 1865). Actualidades. La Sociedad. México, D.F.

que, si se le hacía algo, morirían tanto el señor Camoin como el niño Trinidad Cadena, de trece años, guía en su cacería.

Sarcástico e insolente, se negaba a dar cualquier dato, y después de un juicio sumario, fue condenado a muerte y ejecutado en la plaza de Panzacola, como hemos dicho arriba, el 16 de septiembre de 1868, a las seis de la mañana, y después colgado como escarmiento, según noticia publicada el siguiente día en la “Gaceta de Policía”.

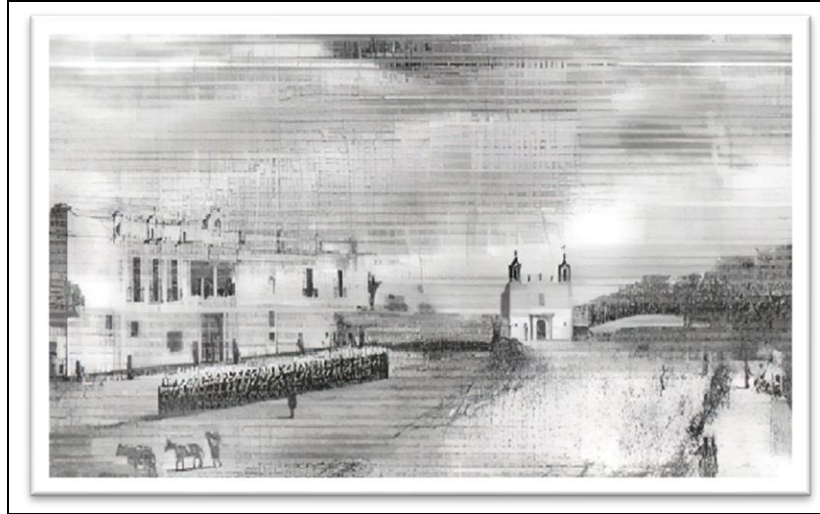
El día 17 se encontraron en el pedregal algunas de las piezas de ropa de Camoin, ensangrentadas, y se temió que por represalia los bandidos lo hubieran matado, pero el prefecto de Tlalpan Antonio Carrión continuo sus investigaciones, ayudado por las autoridades y vecinos de los pueblos comarcanos. Por fin, el 19 se le encontró en la cueva del pedregal en lo mantenían cautivo, golpeado y hambriento. Por eso siempre recuerdo, que se volvió tradición persignarse y rezar la Magnífica al pasar por el puente, tanto los que llegaban a Coyoacán, aliviados por llegar seguros a su destino, como los que los que salían rumbo a San Angel y Contreras rumbo a Cuernavaca y Acapulco, encomendándose a “San Antoñito” con la siguiente oración:

San Antonio, protégeme de todo peligro y peligroso. Rodéame con tu manto de amor y fortaleza, y guíame hacia la seguridad en todos mis caminos. Que tu presencia me brinde paz y tranquilidad, y que me sienta seguro en tu cuidado constante. Amén.



Anónimo. (s. XIX). *Sn. Antonio de Padua*. México: s.e

La invasión yanqui (1847-1848)



Anónimo. (1848). Paso de revista 1er batallón de voluntarios de Pensilvania en la plaza de Panzacola. Olavarría Roberto. (1946). *México en el tiempo: el marco de la capital*. México: Excelsior, p. 37.

Durante los años de 1847 y 1848, viví una serie de acontecimientos que marcaron la historia del país y que son poco conocidos, pues no dejan de ser dolorosos. Pero están impregnados de humanidad tanto por lo vergonzoso como por la dignidad con que se vivieron.

La llamada guerra con México por parte de los Estados Unidos fue su primera guerra de intervención extranjera, donde más soldados desertores tuvieron, de las más mal organizadas, de las más infundadas en sus motivos, que le ganó en la historia la degradación moral que sigue manteniendo en sus intervenciones militares en naciones extranjeras justificadas por implantar la civilización y democracia que en muy pocas veces es efectiva. Fue una guerra perversa como dice Ulyses S. Grant, combatiente en México y presidente estadounidense, denominándola en 1879 una *wicked war*, es decir guerra malvada o perversa, expresando así su inmoralidad:

Para un soldado la bandera es fundamental (...) Siempre viví en conflicto con mi conciencia durante la guerra con México. Nunca me he perdonado el haber participado en ella. Tengo posturas muy duras sobre el tema. No creo que haya habido una guerra más perversa (*wicked*) que la que sostuvo Estados Unidos con México. De eso estaba convencido entonces, cuando era más joven, solo que no tenía el valor moral suficiente para denunciar, pues había hecho el juramento de servir por ocho años, buscando que terminaran lo más pronto posible, considerando que mi deber principal era con mi bandera. Veo con horror la guerra con México, y siempre he creído que de nuestra parte fue muy injusta. La perversión no fue por la forma en que nuestros soldados se condujeron, sino por la

conducta con que nuestro gobierno declaró la guerra. Las tropas se comportaron bien en México, pero el gobierno cobró muy cara la paz. No teníamos ningún reclamo sobre México. Texas no tenía ningún reclamo más allá del río Nueces y aun así avanzamos hasta el río Grande y lo cruzamos. Vivo siempre avergonzado de mi país cuando recuerdo esa invasión.²²

A pesar de estas cosas, para los Estados Unidos, fue la guerra que más beneficios le obtuvo, pues adquirió territorio y recursos que hoy la hacen una de las economías más poderosas. Simplemente dos de sus estados más ricos, California y Texas fueron parte de disputas con México.

Por parte de los mexicanos, más allá de la frase victimizaste de “nos robaron el 60 % del territorio”, tuvo parte de culpa, pues desde el último tercio del siglo XVIII abandonaron a su suerte la atención de los territorios del norte, olvidándolos administrativamente y sin políticas de población. Cuando vino la invasión en 1847, los enconos políticos, las luchas de poder, la mezquindad del ejército, muchas veces preocupado por el protagonismo personal, la pompa, la envidia y el relumbrón, se enfrentó con el heroísmo de unos cuantos militares, las Guardias Nacionales formadas por civiles que se convierten en fieros defensores y salvadores del honor del país, pero que sin recursos y tecnología anticuada poco pudieron hacer, Esta guerra hay que reconocer, genero una conciencia nacional y en situaciones límites detuvieron el avance voraz y ventajosa de los estadounidenses, salvando más de la mitad del territorio, imposibilitando la continuidad de la guerra y qué la nación mexicana subsistiera. Es un hecho poco estudiado, pero que el penetrar en él nos hace comprender mucho de la relación actual de México con Estados Unidos, con los cuales vivimos una relación forzada del cual ni ellos ni nosotros nos podemos separar.

Regresando a 1847, en un país dividido por veinticinco años de luchas de intereses y guerras intestinas, cuando se supo que venían los enemigos, las personas acomodadas sacaron a sus familias de la Ciudad de México enviándolas a sus fincas de Coyoacán y San Angel. Los jefes de familia junto con los miembros del Ayuntamiento se dedicaron a reforzar las defensas de la ciudad. Las tropas las concentraron en el Peñón Viejo, donde se instalaron los cuerpos de la Guardia Nacional, formada por profesionistas y trabajadores de la ciudad, creyendo que por ese frente atacarían. Pero los enemigos rodearon tranquilamente el lago llegando a San Agustín de las Cuevas, hecho que los mexicanos consideraron absurdo porque implicaba atravesar el pedregal y además las ciénagas lodosas en la parte más intensa de la temporada de lluvias.

Cambiando la estrategia, el general Antonio López de Santa-Anna se situó en la hacienda de San Antonio de Coapa. El general Gabriel Valencia, vecino de San Angel se colocó en Padierna con la División del Norte y el general Pedro María Anaya en el convento de Churubusco, que se encuentra en el camino antes de la garita de San Antonio Abad.

Los vecinos de Coyoacán y San Angel nos sentíamos seguros, pues nunca creímos que los enemigos se atrevieran a atravesar el agreste pedregal y mucho menos en agosto que está todo enlodado y llovido. Aparte la moral de los mexicanos era muy alta. Los vecinos pusieron escaleras de madera, sillas y parasoles en las azoteas y se hacían tertulias de vecinos, mozos y sirvientes para observar con catalejos todos los movimientos de las tropas. Aún era la región más transparente del aire.

Lo que nadie esperaba sucedió. El general Valencia dejó la Ciudad de México antes que Santa Anna con cuatro mil hombres de sus tropas del ejército del Norte. El 19 de agosto de 1847, localizó una gran fuerza norteamericana cerca del pueblo de Contreras y creyó que eran vulnerables al ataque en las Lomas de Padierna.²³ Decidió esperar hasta el siguiente día para realizar su asalto. Santa-Anna, al creer que la fuerza de Valencia era vulnerable, le ordenó retirarse, otros afirman que para quedarse él solo con la gloria de la derrota de los estadounidenses. Este respondió después de reírse: "¡Retirarse! ¿Y el honor del ejército? ¡Aquí estoy y aquí me quedo! ¡Primero está el país que Santa-Anna! ¡ Díganle que no estamos en un pronunciamiento!"²⁴

En el flanco del ejército mexicano estaba el Pedregal de San Angel, un extenso campo de lava que se creía era impasable. Pero el capitán Robert E. Lee al mando de un grupo de infantes e ingenieros, ayudado por unos arrieros del pueblo de Contreras, lenta y minuciosamente hicieron una vereda a través del "impenetrable" pedregal para acercarse por la retaguardia de la posición de Valencia. Los cohetes y los obuses norteamericanos mantuvieron ocupado por el frente a los mexicanos. Al caer la noche del 19 de agosto, la infantería norteamericana se encontraba a menos de doscientos metros del campo de Valencia. Informado de que los estadounidenses habían atravesado el pedregal, Valencia se expresó con desdén: "¡No, no!, ustedes están soñando muchachos, ¡ni los pájaros podrían cruzar ese pedregal!"²⁵

Mientras tanto, una brigada bajo el mando del general Gideon Pillow realizó una demostración distractora al otro extremo del campo de Valencia. Este movimiento fue interpretado por el general mexicano como el principal ataque norteamericano, con una fuerza débil y tentativa, que lo convencía de que la victoria estaba al alcance de su mano.

El 19 de agosto por la mañana, los vecinos se dedicaron a tapiar las ventanas exteriores. Ayudaron a hacer trincheras en el río y en la plaza frente al puente de Panzacola para prepararnos a un posible ataque en la tarde. Con los primeros disparos por el rumbo de la serranía del Ajusco al amanecer, todos corrieron a las azoteas a observar y oír los ecos de los cañones. Angustiados nos preguntábamos que pasaba por esos rumbos. Llenos de zozobra y temor, cuando comenzó una lluvia que duró diez horas, por la tarde todos bajaron a la capilla a rogar a la Santísima Virgen que protegiera a nuestros soldados, retirándonos a descansar, aunque nadie pudo cerrar los ojos en toda la noche.

En las primeras horas de la mañana del 20 de agosto, unos 150 hombres del batallón de la Guardia Civil Independencia fueron destacados, al mando del teniente coronel Francisco Peñúñuri, a ocupar la iglesia de Coyoacán en observación del enemigo. En el puente de Panzacola se ubicó al teniente de caballería Agustín Barragán, con un piquete del Regimiento de la Guardia Nacional de Guanajuato, el cual fue provisto de artillería.

Al saber Santa-Anna la derrota de Valencia, que lo abandonó y se dedicó la tarde del 19 a jugar boliche, se retiró de San Angel con sus tropas, y dispuso que el puente de Panzacola y la retirada del ejército a Churubusco se sostuviera a todo trance. Comenta Henry Selph: “La retaguardia la cubrió el Regimiento de Húsares; cuando éste acababa de desocupar la plaza de San Angel, marchando rumbo a Panzacola, los americanos comenzaron a llegar a la entrada del pueblo, donde batiéndose en retirada les disputaba el paso, el teniente de caballería Agustín Barragán”.²⁶

Los vecinos de Coyoacán tenían dispuesto todo para huir a la ciudad de México en caso de un ataque nocturno. El día 20 cerca de las seis de la mañana, escuchamos un rumor, que no acertábamos a reconocer de dónde venía, y a poco, ecos lejanos de fusilería y enseguida el estampido del cañón. En la oscuridad se veían los relámpagos rojos que formaban los tiros de los fusiles. Se escuchaban rumores siniestros, gritos feroces llegaban, aunque debilitados por la distancia, a nuestros oídos.

Todos pensábamos que el general Santa-Anna, habiendo atacado en apoyo al general Valencia, vencía al general Scott. Pero nos desengañamos al ver con la luz del amanecer a soldados heridos y dispersos que corrían cruzándome rumbo al centro de Coyoacán. Hacia las ocho de la mañana del día 20 de agosto, se retiraron todos los soldados que habían puesto para la defensa delante de mí huyendo hacia el convento de Churubusco.

Se cuenta que a media mañana del 20 de agosto, cerca de seis mil soldados norteamericanos embistieron a las guarniciones ubicadas en el puente de la calzada de Tlalpan y el Convento de Churubusco. El ataque al edificio fue combatido por los batallones mexicanos de voluntarios de la Guardia Nacional Independencia, Bravo, Guerrero, Chilpancingo y Tlapa; y por el batallón de San Patricios que habían desertado del ejército norteamericano por el maltrato y la falta de respeto a identidad originaria y religiosa y que eran expertos y letales en el uso de los cañones. En total entre irlandeses y mexicanos eran poco más de mil 300 hombres.

Al agotarse las municiones, las fuerzas mexicanas prolongaron la resistencia, con lo que tuvieron a su alcance. Ante la imposibilidad de continuar, el general Pedro María Anaya rindió el convento ante el general David Twiggs que preguntó: “-General, ¿dónde está su parque de municiones? — Si yo tuviese parque, no estaría usted aquí”.²⁷

Para la tarde de aquel 20 de agosto el desastre era total para las dos partes. La defensa fue feroz por parte de los mexicanos, la falta de parque los derroto. Pero los norteamericanos pelearon en un lodazal en las ciénagas vecinas. Las pérdidas mexicanas fueron cuantiosas

según me dijeron. Incluían 139 muertos, 99 heridos, 104 oficiales capturados, incluidos tres generales, y 1155 soldados prisioneros. Entre esos capturados estaban 85 irlandeses del batallón de San Patricio que dividieron en dos grupos de prisioneros: uno a San Angel y otro a la hacienda del Altillo, con los norteamericanos indignados por su desertión, pero más por la fiereza con que habían manejado los cañones, causándoles muchas bajas. El costo para el ejército de los Estados Unidos en ese viernes sangriento también fue considerable: 137 muertos, 870 heridos, 40 desaparecidos, más del 10 por ciento de sus efectivos. Del batallón de San Patricio, 35 murieron en Churubusco, 85, entre ellos John Riley su comandante, fueron capturados. Otros 84 consiguieron escapar y más adelante reorganizarse. Winfield Scott ordenó juzgar a los prisioneros bajo consejo de guerra, aunque no todos eran desertores, y ninguno era ciudadano norteamericano. Para demostrar la “imparcialidad” del juicio, Scott nombró a William S. Harney cabeza de uno de los consejos y que era hijo de irlandeses y que había alcanzado su puesto en el ejército regular ocultando sus orígenes y renegando de su religión. Además de indisciplinado, Harney tenía fama de cruel y sádico y odiaba profundamente a los suyos. Con todo y la faramalla del dizque juicio, el destino de los San Patricios prisioneros ya estaba sellado. Tanto era el rencor de los norteamericanos hacia los irlandeses que el ejército nunca reconoció su existencia sino hasta 1917 por una investigación del Congreso.

Aunque el 20 de agosto de 1847 terminó en una derrota, fue un día de gloria para los mexicanos y una batalla muy costosa para los norteamericanos y la primera seria en territorio extranjero. Aun los historiadores norteamericanos la marcan como excepcional. Una nota que se trata de un cumplido poco sincero y hecho de mala gana: “Por primera vez en la experiencia de algunas de las tropas norteamericanas una fuerza mexicana se empeñó en una defensa verdaderamente inspirada. La brillante conducción de Rincón, una buena posición defensiva y la presencia de las compañías de San Patricio, todo combinado para demostrar la tenacidad y el coraje de los soldados en el convento”.²⁸



Walker, James. (1848). *Batalla de Churubusco* (óleo sobre tela). Washington: Army art collection.

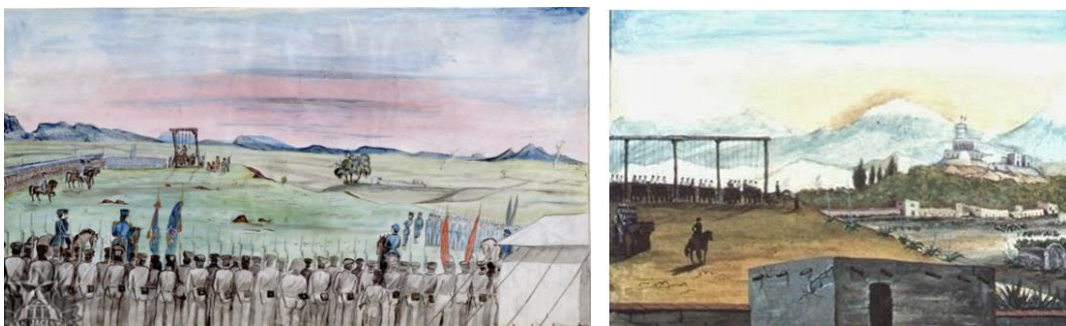
Terminada la batalla de Churubusco, fui testigo de una gran actividad. Primero la llegada a la vecina hacienda del Altillo del General Winfield Scott junto con su estado mayor. En el edificio del mesón, tuvo varias reuniones con su estado mayor y recibió a los negociadores del presidente Santa-Anna que solicitaban un armisticio. El patio de las caballerizas fue habilitado como prisión para los soldados irlandeses capturados y las demás piezas las ocupó un piquete de soldados voluntarios de Pennsylvania. El 21 de agosto hacia mediodía el jefe del ejército norteamericano salió con rumbo a Tacubaya, dejando a los heridos y prisioneros a cargo de jefes militares y tropas de voluntarios.

Pero las vicisitudes y la triste historia no acabaron ahí, ahora cuento el penoso asunto del Batallón de San Patricio. Se supo que una vez perdido Churubusco y firmado el armisticio, parte de los "San Patricios" -como los llamaba el pueblo-, fueron llevados prisioneros al Altillo. Ahí los tuvieron en condiciones deplorables, siendo sus custodios los voluntarios de Pennsylvania. Pocos días después se realizó en el salón del mesón el mañoso juicio en que fueron condenados a muerte. Yo veía a las afueras de la hacienda gente que sufría de pensar que estos heroicos hombres que eran vistos como defensores de su fe y de nuestra nación fueran vejados. Apenas se supo de la condena a muerte, los padres carmelitas, el arzobispo de México y muchos notables vecinos se reunieron para pedir clemencia al general Scott, que luego se supo se decía católico. Inútil, ni al embajador inglés quiso escuchar.

La mañana del 7 de septiembre, aunque había llovido la noche anterior, amaneció soleada. Por órdenes de sus generales, el puente y el camino que se dirigía a San Angel estaba lleno de soldados, así como notables de Coyoacán y San Angel, convocados por el general Scott. Hacia las 6 de la mañana se abrió el portón del Altillo del que salió un piquete de soldados, y después dos carruajes que llevaban a los desgraciados que iban a ser ajusticiados. Todos

portaban uniformes mexicanos que estaban muy sucios y andrajosos, pero los portaban con gran dignidad.

Por la calle Real y pasando sobre de mí, a pesar de lo temprano de la hora, había vallas de soldados para contener cualquier desorden. Algunas mujeres lloraban con rosarios en la mano, otros más audaces gritaban “¡Viva México!” y arengaban a los soldados. Los padres dominicos de San Angel el domingo anterior habían convocado a los vecinos a que fuéramos testigos del martirio de estos valientes. En represalia los americanos los habían conminado a estar en primera fila en la ejecución.



Chamberlain, Samuel (1850). Ejecución de miembros del Batallón de San Patricio en los llanos de Mixcoac el 7 de agosto y días después al momento de caer el Castillo de Chapultepec". En *My Confession: Recollections of a Rogue*. Austin Texas. Goetzman H. William (editor)- Texas State Historical Association.

Lo que pasó en San Jacinto esa mañana fue algo vergonzoso e innombrable. Un acto de barbarie de los hombres, que, según esto, nos venían a civilizar. Nunca puedo contener las lágrimas ni dejar de estremecerme cuando llego a esta parte del relato. En el parque contiguo a la iglesia los soldados y sus criados levantaron largas vigas con muchas cuerdas de ahorcar.

Luego trajeron a los condenados en dos grupos. A los primeros fueron amarrándolos a los árboles y los azotaron cincuenta veces a cada uno. Harney que dirigía el acto simuló que perdió la cuenta y volvió a iniciar los azotes. Hechos un amasijo de carne los marcaron, quemándoles la cara con un fierro candente. Luego a los que venían en la otra carreta les pusieron la soga al cuello, y cuando el jefe dio la orden avanzaron las carretas. Los hombres, amarrados a la espalda, quedaron colgando. Varios fueron sepultados ahí mismo en la plaza de San Jacinto, al pie del muro de la iglesia, en fosas cavadas por sus compañeros azotados y marcados. Los demás, que habían pedido sepultura cristiana fueron entregados a las autoridades eclesiásticas para ser enterrados en Tlaquepaque (hoy Tlacopac).

Se rompieron filas se llevaron a algunos presos no condenados a muerte azotados y marcados rumbo a la hacienda del Altillio, viéndolos pasar de nuevo. Entre ellos iba el que era su jefe John Riley, y la multitud se dispersó hacia las nueve de la mañana, cuchicheando horrorizada por lo que acababan de presenciar. El siguiente sábado por la tarde, 13 de septiembre, en vista del tumulto que pasó el martes, fueron colgados de un

árbol en Mixcoac, casi a escondidas los restantes prisioneros que estaban en el convento de San Angel de una manera igualmente bárbara, al momento que se izara la bandera estadounidense en el Castillo de Chapultepec. Estuvieron más de cuatro horas esperando el momento, pues los mexicanos resistieron tenazmente.

Caída la Ciudad de México el 13 de septiembre, Antonio López de Santa-Anna renunció a la presidencia y huía a Querétaro, la vida fue difícil para los habitantes de la ciudad. Hubo una fuerte y tenaz resistencia civil de los barrios más pobres y con piedras, puñales y veneno atacaron a los norteamericanos obligándolos a encerrarse y a detener sus avances.²⁹ El Ayuntamiento estuvo muy ocupado atendiendo las necesidades y exageradas pretensiones de los yanquis. Para diciembre los norteamericanos los destituyeron, imponiendo otro Ayuntamiento más afín a sus intereses.

Esa Navidad fue muy triste para todos, el país ocupado por los soldados voluntarios, que inactivos mientras sus superiores disputaban si continuar la guerra o no, se embriagaban en los patios, en las capillas y cuartos de las casas, donde organizaban sus aquelarres, llenándonos de indignación y tristeza. De herencia de este tiempo nos dejaron sus *canteens* hoy cantinas, donde se vendían exclusivamente bebidas diferentes al pulque y sin venta de abarrotes.

En mayo de 1848 se firmaron para mayor humillación en la Villa de Guadalupe los tratados de paz, entre la administración que gobernaba Manuel de la Peña y Peña, y su equipo de negociadores, que detuvieron la voracidad de los dirigentes norteamericanos que internamente disputaban entre seguir la guerra y detenerla hasta ocupar todo el territorio. Por parte de los norteamericanos, los tratados fueron firmados por Nicholas Philip Trist, ministro plenipotenciario, negociando con la oposición del presidente James Knox Polk, pero los tiempos electorales obligaron a aceptar los términos y nuevas fronteras. Luego los vi con alivio irse la mañana del 2 de junio. A su salida tuvieron lugar los bochornosos actos de venganza contra las mujeres que vivían en la casa atendiendo a los voluntarios, que el pueblo llamaba “margaritas”. Todo lo anterior en buena parte, son recuerdos familiares de la familia Piña Aguayo.

Algunos vecinos después hicieron crecer la leyenda de que en las noches de luna llena se aparecían por mi vecindad las ánimas en pena de los prisioneros irlandeses. Otros afirmaban que veían animados bailes en las arboledas. En fin, los espantos no dejaron de aparecerse y cada vez que esto pasaba, se pedía a algún bondadoso padre de San Angel que viniera a bendecir las caballerizas, los salones, la cocina y a mí, el puente, para calmar al espantado.

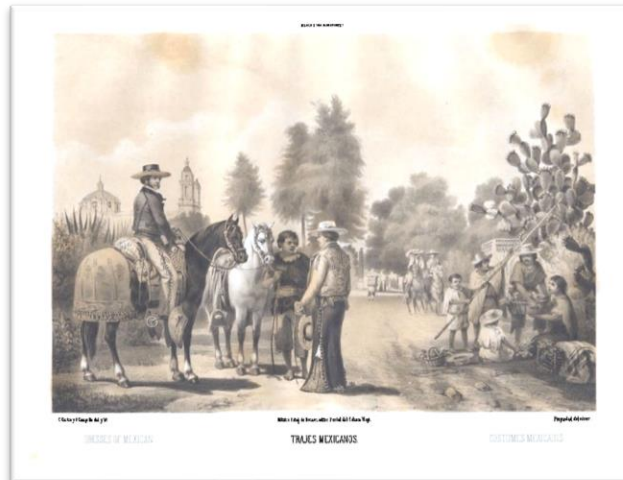
Como testimonio para la posteridad quedó una pinta en una de las puertas del salón costurero de la hacienda del Altillo que aún se conserva, hecha por uno de los voluntarios al retirarse para siempre de este lugar:

*Engelbert Parraume
1st Battalion Volunteers
Potteville Pennsylvania
March 1st, 1848*



Chamberlain, Samuel (1850). El Fandango. En *My Confession: Recollections of a Rogue*. Austin Texas. Goetzman H. William (editor)- Texas State Historical Association.

El lugar para mudar temperamento



Decaen, Joseph. (1863). Trajes mexicanos. *México y sus alrededores*. Colección de Monumentos, Trajes y Paisajes. Dibujados al Natural y Lithografiados por los Artistas Mexicanos C. Castro, J. Campillo, L. Auda y G. Rodríguez. México: Establecimiento Litográfico de Decaen.

Pasada la invasión norteamericana, mi entorno se volvió en un sitio muy visitado y fui testigo de cómo fueron pasando cada uno de ellos y ellas. Diré algo de algunos, pues de otros la memoria ya me falla.

El primero es el escritor Manuel Payno,³⁰ al que siempre veía pasar cuando iba a las fiestas, bailes y tertulias que se organizaban en el vecindario. Hacia el año de 1843, escribe sus crónicas de viaje. Así surge *Viaje sentimental a San Angel*, que es una narración de una experiencia amorosa de la adolescencia y la descripción de uno de los paisajes de México más admirados por sus habitantes. Aquí les cito un fragmento:

Panzacola es una magnífica quinta, situada a la izquierda y al otro extremo de un río, cuyas aguas barrosas se derrumban y chocan por las grietas y los peñascos que hay en el lecho. Imposible es describir la belleza de este sitio. El grupo de casas blancas y encarnadas, la airosa y galana balconería, el lujo que se observa en las vidrieras y cortinajes, y la oportuna situación de este edificio rodeado de árboles y de verdor, lo hacen uno de los más hermosos e interesantes de los alrededores de México. Desde Panzacola se descubre todo el caserío de San Angel, al parecer plantado en las lomas; y las haciendas de Guadalupe y Goicochea, y dominando todo esto, y flotante y aérea entre la pompa de una naturaleza exuberante y magnífica, se halla la cúpula de azulejos del convento del Carmen. Paso a paso, y extasiado con esta nueva y magnífica perspectiva, llegué a una capilla que está a la entrada del pueblo y seguí costeano la cerca de la huerta del convento, hasta que finalmente me hallé frente del atrio del Carmen.³¹

Ahora les comparto una de mis favoritas, que encontramos en los *Bandidos de Río Frío*, novela costumbrista en entregas, y la cual recuerdo vivamente.

Llegada la temporada de San Angel, ya no se piensa en otra cosa. Que la República arda por el sur o por el norte, que el ministerio cambie, que los generales se pronuncien, que las pagas de los empleados anden escasas que el gobierno caiga, todo esto, y más todavía, es completamente indiferente para los habituados a la temporada de San Angel. No les falta razón. Es un pueblo tan tranquilo, tan bello, de una dulce temperatura y tan sano, que muchos enfermos, aún de gravedad, con sólo el aire que respiran logran la salud en menos de dos meses. Situado a cosa de 72 varas de altura sobre el nivel de la Plaza Mayor de México, el aire no está impregnado de los miasmas deletéreos producto de los desechos de una numerosa población, y el oxígeno de los pinos de la montaña y el perfume de las flores de los jardines influyen en reconstituir el organismo de una manera tan rápida que parece fabulosa. Ninguno puede dar mejor testimonio de ello, que el simpático y tiernísimo poeta Casimiro del Collado, que prefiere su castillo y sus extensos y aromáticos jardines de San Angel a los espléndidos y decorados salones que

habitaba en un barrio aristocrático de París, en la calle que tiene el nombre de uno de los más célebres escritores franceses (Rue de Balzac). El pueblo, solitario más de la mitad del año; las casas cerradas, los pocos vecinos, vegetando más bien que viviendo, en una especie de calma y soñolencia apacible, de la que despiertan un momento el domingo, con el tianguis y con la llegada en su coche o en el ómnibus de algún propietario que, teniendo como los Gargallos y Collados, sus casas dispuestas y amuebladas, van a descansar del trabajo y fastidio de la semana. Pero apenas se comienzan a sentir en la capital los calores del verano, se habla de casos de disentería o de tifus en algunos de los barrios pobres y desaseados, cuando se arrebatan, como quien dice, las casas y más de la mitad de los que las solicitan en arrendamiento se quedan sin ellas. Ya a fines de junio, la animación, el movimiento y la alegría no conocen límite, no sólo en el pueblo, sino desde la garita del Niño Perdido. Coches y carretelas elegantes, pesadas máquinas antiguas que se conocían con el nombre de coches a la bombé, carros y carretones de dos ruedas, burros cargados y caballeros galopando en buenos corceles, llenan la calzada, especialmente los sábados. Es más bien un paseo de tres leguas que no un camino transitado sólo una parte del año por los carros que conducen la leche y por los hortelanos que van a vender frutas y flores a la capital.³²

Otro visitante que también vi pasar fue al gran Guillermo Prieto,³³ el ilustre cronista de la época de la reforma, que también nos presenta una viva narración de este lugar en sus *Memorias de mis tiempos*:

San Angel era considerado como el centro de placeres que ofrecía mayor animación, y, en efecto, pudo contar temporadas deliciosas. San Angel como se sabe, es un laberinto de vergeles, de huertas de aguas cristalinas, de lomeríos pintorescos y paisajes deliciosos, domina el Valle de México y se perciben aéreas arboledas, las torres y bóvedas de la Parroquia y el Carmen y sus edificios blancos y alegres en medio de las verdes milpas, y los visos de oro de sus riquísimos tribales. (...)

Desde los preliminares de la temporada tenían encantos indescriptibles. Carros en que caminaban de cabeza las sillas, amontonados los colchones y tambaleando biombos y roperos, en alto los plumeros, acurrucados los baúles y encubiertos los útiles no destinados a la luz pública. Coches ómnibus con sus cuatro mulas, su cochero insolente y su sota comunicativo, encerrando una población de chicos, de ancianos, de perros, trompetas y tambores. Los niños en gran lance campestre, con sus sombreros jaranos y sus calzoneras de botonadura de plata; las niñas adoptando el rebozo popular sin dejar de lucir sus caracoles; los ancianos con gruesos bastones y sombreros de palma; las ancianas con sus jorongos presuntuosos y sus canastitas con sus novenas, su linimento, su álcali, su opodeldoc y su agua cefálica, articular y de hormigas para los lances imprevistos;

los criados atareados en sus cocinas, entre cestos y maletas, llevando el borrego del niño boca abajo y dando alaridos en la cabeza de la silla. Pero toda la comitiva, riendo y charlando, entablando diálogos con los apuestos jinetes que hacían caracolear sus caballos, escoltando el coche y circulando el jerez, los mamones, las puchas y rodeos, del coche a los caballeros y de ellos a los criados y gente agrupada, que daban tumbos en los carros pereciéndose de risa.

¿Quién es capaz de pintar con su peculiar colorido un paseo en burros? ¿Quién una merienda al margen de un riachuelo bajo los sauces? ¿Quién un almuerzo en Tizapán con sus mesas tendidas bajo los árboles, con los manteles albeando, los cristales reverberando con el sol, las damas vestidas de blanco y coronadas de rosas, los bailarines como revolando entre las flores y viéndose por los claros del bosque de manzanos, ya el edificio de la fábrica de papel, que remedaba el castillo feudal; ya la cascada precipitándose espumosa y radiante; ya las llanuras, arboledas y acueductos, y en el fondo realizándose en su cielo purísimo la ciudad inmensa con sus torres y miradores, las bóvedas de sus numerosísimas iglesias, sus lagos y volcanes magníficos.

Pero lo más notable y lo de más poderosa seducción para mí, era que, no obstante las pretensiones aristocráticas muy vivas en la época, a pesar de la desigualdad de fortunas y ser mucho menos comunicativa aquella sociedad, era fórmula, axioma y precepto decir: en la garita se queda la etiqueta, y con tal salvaguardia y sin la falta más leve a las conveniencias de la más fina educación, alternaba la gran dama con la rancherita y acogía afable a la indita de quien se hacía comadre; los personajes platicaban con los notables del pueblo, con arrieros y jardineros, y tenían su lugar en las reuniones el hacendado y el ministro, el barbero y el sacristán y el reverendo carmelita que solía participar de su sabroso arroz de leche y de sus empanadas famosas a los bienhechores de su santa comunidad.

En las noches... se jugaba malilla y tresillo, se ponían juegos de prendas, se cantaba y bailaba. Sin faltar algún comedido que pusiera un montecito para los señores, lo que era transportar, sobre todo, a las ancianas, al quinto cielo de la felicidad. Allí, y en cierta casa que no quiero recordar, era donde se oía invocar a los ojos de Santa Lucía para hacer propicio al dos de oros, allí se apostaba al tres en recuerdo de la Santísima Trinidad, y se clamaba a Santiago para que retardase el caballo, o a los dolores y gozos para el siete, o para el rey al santo Rey David.

Payno en esas tertulias era divino, y como le adornaba verdadera gracia y sumo desinterés y finura era Manuelito por aquí, Manuelito por allá, y él: mamita, peloncita, esposa y otros dictados de sabrosa familiaridad. (...) En una noche de luna se reunían tres o cuatro chicos de buen humor; se procuraban a toda costa unos burros, unos músicos y mi respetable persona, e íbamos de puerta en puerta, excitando, con versos improvisados que cantaban los músicos, al paseo, a las

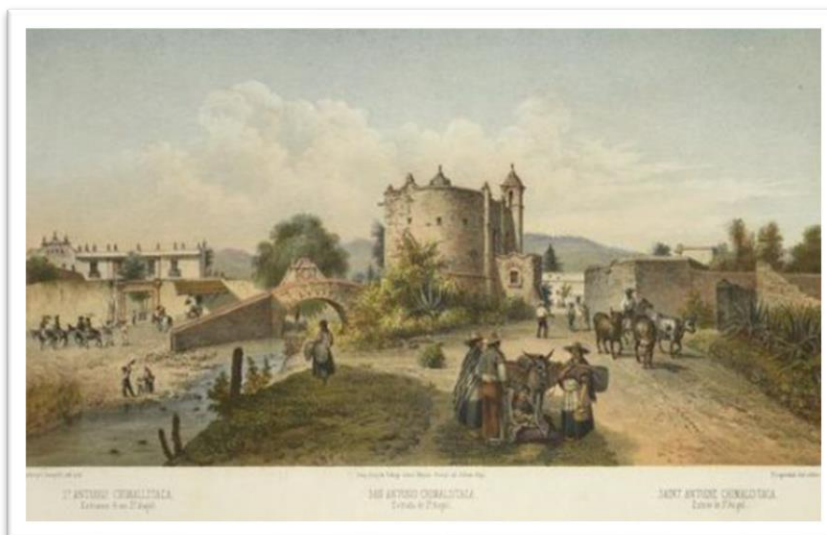
chicas, a la condescendencia a los papás, y al regocijo a la turba infantil. La llegada de las aguas destruía aquellas encantadoras temporadas, y los amantes del placer encontraban consuelo en bailes y tertulias que no escaseaban, por cierto.³⁴



AA.VV. (fechas varias, de izquierda a derecha y de arriba abajo): Eugenio Landesio, José María Velasco, Francisco Sosa, Miguel Ángel de Quevedo, Manuel Payno, Guillermo Prieto y José Juan Tablada.

Ahora narraré algo sobre el primer dibujante que me hizo famoso: Casimiro Castro 23 que hacia 1855 publica con Joseph Decaen su famosa litografía titulada San Antonio Chimalistaca, entrada a San Angel. En este grabado una gran animación inunda de vida a esta espléndida visión en la que desfilan los tipos de la época. En primer plano, un grupo de caminantes indígenas ha hecho alto en el camino para dialogar o comerciar ante la paciencia de un borrico cargado con los clásicos huacales. En el mismo camino transitan otras gentes y un vaquero conduce sus animales... Las frescas aguas del riachuelo favorecen la limpieza de las ropas, y hacia ellas encamina sus pasos una lavandera. Traspuesto el puente, un grupo de gente bien, hombres y mujeres, pasan sentados sobre sus monturas frente a la entrada de la hacienda del Altillo; tras las tapias sobresale la construcción principal que hasta la fecha existe. Tanto el puente como la pequeña capilla forman un armonioso conjunto arquitectónico. Esta litografía, aparte de su mérito

artístico, es un documento de primer orden para informarse respecto al ambiente que guardaba esta parte de la actual ciudad, en el siglo XIX, en el que no se concebía el valor del tiempo, la velocidad y la distancia de nuestra época.



Castro, Casimiro - Campillo, Juan. (1869). San Antonio Chimalistaca. Entrada de Sn. Ángel.
México y sus alrededores. México: Imp. Litog. de Decaen

Mis siguientes ilustres dibujantes fueron Eugenio Landesio y José María Velasco. El primero un famoso pintor y paisajista de origen italiano, se formó en Roma al lado del pintor húngaro Carlos Maricó, quien cultivaba el paisaje de historia. Tanto el maestro como del discípulo habían expuesto obras en las exposiciones de la Academia de San Carlos. Landesio fue contratado por el gobierno mexicano para enseñar la pintura de paisaje, género moderno en esa época, que no se había practicado en México seriamente. Llegó a México en 1855 y se ocupó no sólo en la enseñanza de la pintura de paisaje, sino en la de perspectiva. Formó un grupo de discípulos y entre ellos el que había de ser el más destacado de su época: José María Velasco. En 1865, junto con Eugenio Landesio, pasaron una temporada en el Altillio, donde Landesio me pintó junto con la iglesia de Panzacola.

Esta pintura fue una de las primeras que hizo en el país, por eso es notable su carácter marcadamente italiano; Justino Fernández ha escrito al respecto las siguientes líneas:

Si bien la arquitectura, la iglesia y el puente, es mexicana, (el cuadro) tiene un aire tan europeo que más bien parece, a primera vista, un castillo medieval; no obstante, las figuras mexicanas en los primeros planos, así como otros detalles, es la vista menos mexicana que pintó.³⁵



Landesio, Eugenio. (1855). *El puente de San Antonio en el camino de San Ángel, junto a la Panzacola* (óleo sobre tela). México, MUNAL.

Eugenio Landesio se situó atrás de la capilla, por ello es por lo que el ábside circular se asemeja a los torreones de las viejas fortalezas de la Edad Media. La luz dorada que baña el paisaje, vieja herencia de procedencia veneciana subraya la inspiración romántica del maestro italiano. Dignas de anotarse son las modificaciones que Landesio introdujo en la composición del cuadro: eliminó los edificios de la hacienda de San José del Altillo, con lo cual las montañas de la serranía del Ajusco cobraron notoria importancia dentro del paisaje, que es lo que a él en verdad interesaba pintar. No obstante que se trata de la capilla colindante a la hacienda de Panzacola, Landesio lo tituló San Antonio Chimalistac.

La pintura de Landesio, a partir de entonces, se volvió tema obligado para sus alumnos y los de su sucesor José María Velasco en la clase de perspectiva. Como se nos cuenta en la biografía de Diego Rivera:

Durante el primer año (1901) su trabajo en la academia fue muy activo. Cayó, para el estudio de la perspectiva, en la sala de José María Velasco. Es este un acontecimiento que marca la vida de pintor de Diego Rivera. El mismo así lo reconoce cuando dice: "no hacía ni tres meses que había comenzado el curso cuando yo, con gran resentimiento de los otros alumnos de la clase, había hecho ya buena amistad con el gran hombre". Con el propósito de ocupar las tardes en pintar, las había dejado libres. Velasco lo llevó a su estudio que comunicaba, con el salón de clases, por medio de una escalera. Pronto lo libró de la clase de estampa dándole a copiar un cuadro de Landesio —San Antonio Chinalistac- (sic) que sacó de las galerías para llevarlo al salón donde daban la clase de perspectiva. Trabajó con ahínco en la transformación de colores a valores. Esto provocó que Velasco, notando su interés, le diera una serie de lecciones "magníficas". Le dijo: "no pierda más el tiempo en jueguitos de luz y sombra... aquel que no tenga sensibilidad para

el color nada ni nadie hará que la adquiera. En cambio, la llave de nuestro oficio es la perspectiva... Durante años, yo la he trabajado y, ya que le gusta, voy a enseñársela. ¡Esto si se puede enseñar y aprender!”.³⁶

La siguiente visitante siempre me he preguntado qué tiene entre los mexicanos que causa tanto furor e interés a pesar de su presencia tan breve por nuestras tierras. En el mes de julio de 1865, con motivo de las fiestas del Carmen en San Angel y del santo de la Emperatriz el día 17 de julio, así como la inauguración del Ferrocarril del Valle de México. El día 17 se organizó un paseo campestre a San Angel. Carlota salió temprano, en un carruaje sencillo, vestida con jorongo, acompañada de un pequeño séquito. Fue recibida por Rafael Checa, provincial de los carmelitas y cura de San Ángel.

Después de asistir a misa, se le ofreció un ligero desayuno y de ahí se trasladó hacia el mediodía a la hacienda del Altillo, donde el patio ya se encontraba adornado y lleno de flores. Se dispuso una habitación elegantemente arreglada. El séquito que la acompañaba se reunió para el té hacia las cinco de la tarde, viéndola partir rumbo a la ciudad de México al atardecer.

De 1863 a 1866 mi vecindario fue teatro de animadas reuniones y lucidas fiestas, hasta que la guerra de la restauración republicana hizo que Coyoacán quedase abandonado casi por completo, llegando a ser visto con horror. Desde entonces se creyó arriesgado vivir en Coyoacán y fue la decadencia de la afrancesada *Compiégne mexicaine*, como la llamaba la elite del Segundo imperio.

Llegada la *pax* porfiriana en 1877 la tendencia se revirtió con creces y se fueron construyendo villas sobre la Calle Real, llegando poco a poco nuevos vecinos, haciendo del lugar un auténtico reino de Terpsícore, Birjan y Equus, los respectivos dioses griegos del baile, el juego y los caballos. De esta época es la nota del 18 de octubre de 1890 del *Partido Liberal*³⁷ con motivo de la inauguración de la colonia del Carmen que el padre Violante, párroco de Coyoacán había construido en terrenos de la hacienda de San Pedro y que llamó así en honor de la esposa del presidente Porfirio Díaz.

Estos hechos de los que fui testigo fueron el sábado 18 de octubre de 1890. Todo fue en medio de la pompa que caracterizaba a esta época. Desde temprano se arreglaron los balcones para recibir al presidente. Otro de los motivos era la reinauguración del ferrocarril del Valle de México.

A las 9:50 horas en las calles de Ayuntamiento y Balderas ya estaban listos y adornados los vagones que trasladarían al presidente e invitados a Coyoacán con banderas y guirnaldas verdes salpicadas de flores. A las diez de la mañana, puntual como siempre apareció el presidente y su esposa. El convoy presidencial era recibido en medio de cohetes, los acordes del Himno Nacional ejecutado por las bandas de los pueblos que pasaba y las aclamaciones ¡Viva el general Díaz! ¡Viva el señor presidente! En cada estación donde se detenía a saludar desde el vagón cabús: Tacubaya, Mixcoac y San Angel.

El tramo de Mixcoac a San Angel se hizo más lento, pues el general Díaz se detuvo a revisar la obra: el nuevo puente de la Barranca del Muerto y, escuchar las observaciones técnicas que hacía el ingeniero Miguel Angel de Quevedo. Llegó la comitiva al cuarto para las once a San Angel y ahí se trasladaron a los más pequeños vagones del ferrocarril del Distrito, que los esperaba, y en ellos se dirigieron a Coyoacán.



Anónimo. (1890). Fotografía de Porfirio Díaz y su esposa Carmen, inauguran el puente de Barranca del Muerto del Ferrocarril del Valle de México. Miguel Angel de Quevedo de sombrero claro, con especificaciones en mano. México: Red Magisterial.

Sobre de mí pusieron un arco triunfal de flores que decía “Bienvenidos”. Y desde aquí hasta el centro de la Villa de Coyoacán el tumulto era verdaderamente entusiasta. Todas las casas frente a las cuales pasaban los vagones que conducían a los invitados, estaban adornadas con cortinajes tricolores y floridas guirnaldas. A los balcones asomaban los habitantes de esas casas, y entre ellos se distinguían a hermosas jóvenes y gran número de señoras y caballeros de cabello rubio, que acusaba su origen anglosajón. Pues en esa época en Coyoacán habitaban muchas familias inglesas y americanas.

Apenas llegaron a la plaza, la Comitiva se dirigió al Salón de Cabildos, en donde el secretario dio lectura al acta del día y dirigió frases de respetuosa pero entusiasta adhesión y de admiración cariñosa al presidente de la república y a la señora Carmen Romero Rubio de Díaz... Firmada el acta, el presidente del Ayuntamiento de Coyoacán ofreció el brazo a la señora Romero Rubio de Díaz, y todos los concurrentes, siguiéndoles, se dirigieron al lugar donde debe construirse un pequeño monumento conmemorativo de esta inauguración, con el objeto de colocar la primera piedra de dicho monumento —casi enfrente del hoy famoso café el Jarocho-.

El padre Juan Violante, confesor de la señora Romero Rubio de Díaz, y entusiasta fraccionador, esperaba al presidente Díaz en el lugar que debía colocarse la primera piedra. Ofreció a Carmelita una pequeña cuchara de albañil, invitándola a que removiera la

mezcla que contenía un vaso de porcelana, pronunciando una alocución. Colocó el general Díaz la primera piedra en el hoyo abierto al efecto y después auguró prosperidad a la nueva colonia, y afirmó que estaba cierto de que su predicción se realizaría. Los circunstantes se dirigieron después a una especie de pabellón improvisado en pleno campo, adornado con vistosos canastillos y guirnaldas de flores. Allí se levantó el acta de inauguración y Francisco Sosa pronunció un discurso.

Después, todos los presentes tomaron el camino de la hacienda del Altillo. Forma la entrada a la hacienda una ancha avenida bordeada por corpulentos y frondosos árboles. Una de las dos músicas militares que ahí se encontraban, ejecutaba, cuando llegaron los invitados, el vals “Carmen” de Juventino Rosas. Y la juventud quieta reclamó inmediatamente su parte de placer, ya que había asistido quietecita a los actos serios. Comenzó el baile. Quince o veinte parejas se entregaron al culto de Terpsícore, hasta que, con gran indignación de los bailadores, se anunció que la mesa estaba puesta.

La comida fue excelente: un menú a la mexicana, cuyos platillos más excelentes eran la tradicional barbacoa, anunciada en el menú como *agneau á la mexicaine*; los tamales de frijol y el chile con queso. Abundaban los vinos franceses como el *Sauterne* y el *Chateau Margaux*, pero había también en grandes vitroleros con pulque curado de piña. Poco antes de terminarse la comida, la señora Díaz recorrió todas las mesas obsequiando a cada uno de los convidados con una medalla de plata, conmemorativa de la ceremonia de inauguración.

Aun no se acababa de servir el café, que ya el baile había de nuevo comenzado. A las tres y media fue preciso interrumpir el baile por segunda vez para asistir al coleadero que se había organizado. Pero la mayoría de los concurrentes parecieron no gustar de este espectáculo, y antes de las cinco, en humildes y toscos carros, en coches o a pie, todo el mundo volvió a la hacienda, en donde continuó el baile.

A esas horas, el presidente, su esposa y algunas otras personas, tomaron un vagón especial que los condujo de Panzacola a San Ángel, en donde los esperaba el tren del ferrocarril del Valle, que esta vez salvó en veinte minutos los 12 kilómetros que hay de San Angel al centro de la ciudad. El tren que trajo al resto de los concurrentes salió a las seis y media, y llegó en veinte minutos. Hasta ahí mi recuerdo cargado de nostalgia ¿verdad?

El siguiente visitante del que hablaré es de José Juan Tablada³⁸ que pasó la mayor parte de su juventud en Coyoacán y en torno a él se formó un grupo de bohemios integrado por profesionistas, literatos y artistas, viviendo en la que se llamó hacienda de Panzacola en lo que hoy es la Casa Hogar para Varones del DIF Nacional. Coyoacán puso de moda a fines del porfiriato sus exposiciones florales y de ganadería, su Club Campestre y su tiro de pichón, sus bailes al aire libre y sus famosos tianguis de cada viernes bajo los fresnos centenarios de la plaza pública.

Ahora veamos cómo nos describe en las postrimerías del siglo XIX esta zona:

Al otro extremo del Coyoacán arcaico de que vengo hablando, casi en linderos con San Angel, existieron otras preesas arquitectónicas, no por su belleza monumental precisamente, sino porque semejan moldes vacíos de la vida antañona, tan profundamente así guardaban impresas las huellas de otros tiempos. Aunque repita diré que entrar a aquellos recintos era entrar al Pasado, así, con mayúscula, para que la entrada resultara más solemne. Eran la casona del rancho del Altillo que frente al puente de Panzacola y la capilla de San Antonio, encajaba sus naves y labrantíos en medio del pedregal volcánico. El rancho era propiedad de un señor Aguayo anciano de noble aspecto a quien solía yo encontrar acompañado de dos lindas niñas, sus nietas, una de las cuales, doña María, es hoy señora de Sánchez Gavito. La casa del rancho alzándose toda blanca en la loma que le diera su nombre, tenía un gran patio, como explanada castellana, oratorio con espadaña, fresnos gigantescos que lo sombreaban y vistas a un recodo del río. Y el pulcro anciano, señor Aguayo, con sus lindas nietas, convertían aquel amable cuadro en una viñeta romántica de “las tardes de la granja”^{39, 40}

Mi siguiente recuerdo es para los revolucionarios: Francisco I. Madero y los primeros zapatistas. Emiliano Zapata, inspirado por el Plan de San Luis, se levanta en armas a fines de 1910. Para mayo de 1911, quedaban en el estado de Morelos dos baluartes federales: Cuautla y Cuernavaca. Para el 19 de mayo las fuerzas zapatistas dominaban Morelos. En la ciudad de México, el viejo dictador, Porfirio Díaz escuchó las noticias con verdadera alarma. Sabía que “los chinacates del sur eran bravos”. “Estuve tranquilo hasta que se levantó el Sur”, comentaba en su exilio. Seis días después de la toma de Cuautla renunció.

Para principios de junio Madero toma el ferrocarril a Cuernavaca, para ir a pagar la visita que el 7 de ese mes le había hecho Zapata. Madero no había visitado Morelos durante sus campañas presidenciales, así que ese viaje fue una gira electoral. Se detuvo en San Angel y fue recibido por los vecinos del lugar.

Madero tomó el tranvía y se paró en el puente de Panzacola y pasó un momento a la hacienda del Altillo, alabó el buen clima y el aire tan puro. El aire era entonces tan transparente, que Madero “pudo contemplar desde ahí, a lo lejos, el Castillo de Chapultepec”. De ahí fue a la plaza de Coyoacán, donde dio un breve discurso y regresó a San Angel para seguir por ferrocarril su viaje a Cuernavaca y Cuautla y encontrarse con Zapata.

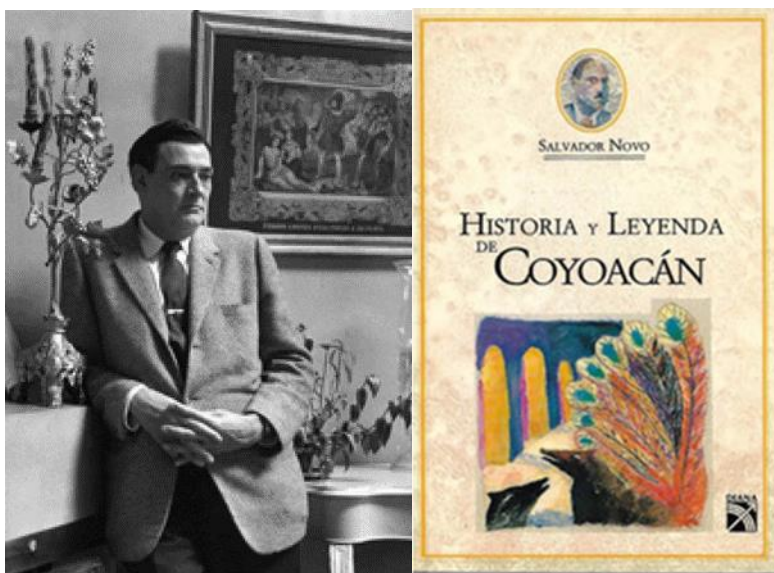
Muerto Madero el 22 de febrero de 1913 por el usurpador Victoriano Huerta, los zapatistas volvieron a las armas. En marzo de 1914, Zapata toma Chilpancingo. En junio de 1913, Coyoacán y la ciudad de México tiemblan ante el asalto inminente de las “hordas” zapatistas.

El 6 de diciembre de 1913, el General Emiliano Zapata, al frente de 18 mil soldados surianos, entró triunfante a Coyoacán. Mientras huía la burguesía a la ciudad de México,

los coyoacanenses los recibieron con vítores y cantos a su paso por las calles y fueron a ocupar las instalaciones del Club Campestre. Los presidentes del club fueron a protestar por la ocupación, pero la respuesta de los zapatistas fue despojarlos de cuanto llevaban encima y devolverlos sanos y salvos dentro de dos barriles a la Ciudad de México.

Una vez que entró el ejército constitucionalista al mando de Venustiano Carranza en Coyoacán, instaló en el templo de San Juan Bautista al batallón libres de Veracruz al frente del general Gabriel Gavira. En la entrada de Coyoacán, en el puente de Panzacola, el general Gavira puso una guarnición. El 5 de febrero de 1915, una partida de zapatistas de aproximadamente 500 hombres, al mando del general Amador Salazar, comenzó a disparar a la guarnición que se había atrincherado en la iglesia de Panzacola y sobre de mí, el famoso puente de Panzacola.

La modernidad y Salvador Novo



Izquierda: Salazar, Ricardo. (s/f). *Salvador Novo*. México: INBA. Derecha: Novo, Salvador. (1943) *Historia y Leyenda de Coyoacán*. México: Diana.

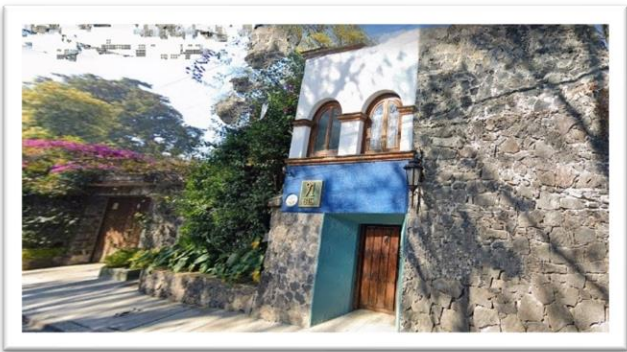
En 1941 junto con la modernidad, vi llegar en automóvil a Coyoacán a otro ilustre vecino, Salvador Novo López⁴¹ nostálgico como él mismo dice de “un México de José María Velasco: majestuoso, tranquilo, vasto, de paisaje grandioso y fino”.⁴²

Coyoacán fue una de sus obsesiones. La vida en este lugar lo cautivaba, pues escribe en 1958: “Los amaneceres de Coyoacán siguen siendo preciosos, cuando corro el telón de mis ventanales y contemplo aquella vasta producción llena de árboles por todos los lados de un horizonte rosicler”.⁴³ En 1953 confiesa que: “me gustaría reconstruir la historia de este lugar”.⁴⁴ Novo vivió casi la mitad de su vida en Coyoacán, la etapa más fecunda de la misma.

Entre sus múltiples actividades, Salvador Novo dedicó gran interés en narrar su historia. En el prólogo de su *Historia y leyenda de Coyoacán* escribe lo que para él significó este lugar:

En este año de 1971 cumpla 30 de vivir en Coyoacán. Casi la mitad —no podría decir si la más feliz, pero sí que la más fecunda, de mi vida. Un balance somero señala en esos años algunas fechas importantes en mi carrera de escritor: 1946, Premio Ciudad de México por la *Nueva Grandeza Mexicana*, escrita en el estudio que entonces construí al fondo del jardín para aislarme a escribir mis Memorias —tarea interrumpida y no aún reanudada. En 1947, al colaborar con Carlos Chávez en el lanzamiento del Instituto Nacional de Bellas Artes, tres obras teatrales escribí en la tranquilidad de Coyoacán: *Don Quijote* en 1947, *Astucia* en 1948, y *La Culta Dama*, que estrenaría con gran éxito en 1950. Pocos -tres- años más tarde, aprovecharía la experiencia teatral adquirida en Bellas Artes, para abrir en el Coyoacán aún apacible y provinciano de 1953 un pequeño teatro: "La Capilla ", que con su restaurante anexo, ha sido desde entonces mi refugio y mi centro de operaciones. Cuando el 20 de enero abrí "La Capilla" con la obra italiana que rebauticé *El presidente hereda*, era difícil localizar, entre calles de tierra mal iluminadas, la calle de Madrid 13 en Coyoacán. Todo mundo acudió, sin embargo.⁴⁵

Novo cuando llegó a Coyoacán, los barrios alrededor de su centro histórico estaban cargados de nostalgia, con pastizales que evocaban su pasado rural y un imbricado sistema de callejones cuya traza ha resistido los embates de la modernización y la hoy avasallante llamada "hipsteria". Este carácter pueblerino debió ofrecer un ambiente propicio para la reflexión y la escritura. Novo decidió establecerse en el barrio de Santa Catarina, a unos pasos del puente del Río Magdalena, que como vimos ya, desde los tiempos de José María Velasco había sido fuente de inspiración para pintores y escritores. Novo quedaría prendado de estos rincones que habían quedado como testigos de un México en extinción y, a partir de entonces, se dedicaría a investigar —y también a inventar— la historia de Coyoacán. Desde su estudio en la calle que ahora lleva su nombre, Novo no sólo escribiría sus memorias, sino también las de su entorno, que resultarían en dos referencias obligadas para la crónica de: *Breve historia de Coyoacán*, de 1962,⁴⁶ y el ya mencionado *Historia y leyenda de Coyoacán*, de 1971.⁴⁷



Google Maps. (2023). *Casa de Salvador Novo*. México, Coyoacán.

Salvador Novo vivió en la calle que antes se llamó Santa Rosalía y hoy lleva su nombre. Esta es la fachada de la casa, donde vivió con su madre. El par de ventanas que se ven, eran su habitación con una puerta directa a la calle. A la izquierda la entrada principal a la casa. En la Esquina con Francisco Sosa, tenía una bodega y cuartos, que sus sucesores intentan comercializar con la oposición tenaz de los vecinos. A pesar de eso demolieron parte de la vivienda.

Las crónicas de Salvador Novo, en sus primeros años de Coyoacán están llenas de la sorpresa y preocupación por los cambios que la especulación inmobiliaria y la modernidad tienen sobre el antiguo pueblo va sufriendo, al punto de sentir que “ya esta ciudad no es mía, o bien yo ya no pertenezco a esta ciudad. Se me escapa, me desborda”.⁴⁸ Luego comenta su preocupación: “Ahora que la ciudad crece de una manera tan acromegálica, angustia pensar que pueda perderse definitivamente el hilo de su historia, por la falta de cronistas que registren y pongan al día las relaciones de su pasado con su presente.”⁴⁹

Novo nos narra de una manera viva y colorida, algo de lo que hoy ya no existe, y que se recuerda aún con nostalgia y que fue provocado por lo que hoy llamamos “gentrificación”: las fiestas de San Antonio, antes de que se abriera la avenida Universidad y desapareciera la plaza de Panzacola:

Como todos los años, la hermosa capillita de San Antonio congregó para su celebración a todos los vecinos de Panzacola. Desde muy temprano tronaron los cohetes que llamaban a la única misa dominical de las siete, y todo el día ha habido fiesta alrededor, con puestos de vendimias, un tocadiscos instalado en el molino de nixtamal en que bailan parejas, curiosos y jardineros y canteros endomingados y con sus proles, llenas las manos y las bocas de golosinas. La capilla luce a la puerta y sobre el altar sendos arcos de flores con la leyenda “Bendice a tus hijos, Señor”, que todos los años manos expertas componen, con sus limosnas que los días antes recogen entre los vecinos para hacer la fiesta. Es la porción del río de Chimalistac, con su puente al sur y con la capilla de San Antonio como culminación; con el Altillo al Fondo, y los enormes fresnos que lo bordean, permanece venturosamente igual a su imagen de más de cien años atrás, perpetuado en las litografías del México Viejo. Son los mismos árboles y las mismas piedras —respirados por los bisnietos de aquellos fieles a quienes la marquesa Calderón de la Barca, y los novelistas mexicanos del siglo XIX, vieron congregarse en celebraciones semicatólicas y semipaganas -como ahora- que llenan la improvisada plaza y bailan. Lo único que cambia es lo accesorio; la música mecanizada, la indumentaria; pero no el espíritu, ni la raza, ni la religión.⁵⁰

A finales de 1952 esta zona sufre una bárbara agresión urbana, cuando se abre la avenida Casas Alemán (hoy Universidad), destruyendo la plaza de San Antonio:

Estamos realmente estrenando ciudad. Allá por la casa de usted sabíamos muy en general y desde hace algún tiempo, que estaba en construcción una gran avenida que comunicaría rápidamente con el centro. Hasta los viejos Estudios Azteca llegaban y se veían los trabajos de pavimentación, y era previsible que la calzada o avenida que ahí desembocara continuase por sobre el puente hacia el suroeste, y llegara acaso, costeano los Viveros, a la capillita de San Antonio del viejo puente

de Chimalistac. Los terrenos al norte de los Estudios Azteca —y aun estos mismos, según dicen- son propiedad bardeada y residencia vieja del general Almazán que una vez iba a ser presidente, y no fueron tocados. Los estudios en cambio, y muchas casas al norte del desembocamiento de esa calzada nueva en la avenida Coyoacán, fueron demolidos en varios metros para añadir espacio a una de las vías. Fue cosa de las últimas semanas que gracias al derrumbe de una casa frente a la capilla de San Antonio, y de una barda junto al seminario instalado en la vieja hacienda de El Altillo, apareciera repentinamente al fondo y al sur la Ciudad Universitaria, y al norte, lo avanzados que iban ya los trabajos de conexión del tramo oculto detrás de los Viveros, que conectarían la calzada que parte de la Ciudad Universitaria y cruza la Taxqueña, con la que provenía del Niño Perdido y llegaba a asomarse a los Estudios Azteca. Trabajaban noche y día. Ya sólo les faltaba pavimentar un poco el ancho de la avenida Juárez, hoy Francisco Sosa, y la vía del pequeño tren eléctrico. El 18 trabajaron toda la noche, y el 19, cuando las ceremonias de dedicación de la Ciudad Universitaria, la nueva avenida quedó lista y se abrió a la pública circulación.

Esa noche, al volver a casa por Insurgentes —mi camino habitual y ya tan congestionado a toda hora- la vi iluminada, y decidí explorar esta nueva vía. Hice un minuto y medio de la capilla de San Antonio a los Estudios Azteca, y descubrí que la avenida se llama Fernando Casas Alemán. Al día siguiente, por ella me fui al centro, recorriéndola toda. De la capillita a Niño Perdido hice exactamente cinco minutos, y diez más de ahí a Bellas Artes, porque el Niño Perdido y San Juan de Letrán (hoy eje central), siempre están llenos de tránsito.⁵¹

Hasta aquí la crónica de este Coyoacán que surge a la modernidad y que tan vivamente nos transmitió este gran escritor.

El legendario Altillo



Anónimo. (1952). *Entrada al Altillo, puente de Panzacola y vías del Ferrocarril del Valle de México*. México: Archivo MSPS.

La familia Piña Aguayo, descendiente de los riquísimos marqueses de San Miguel de Aguayo, que, por sus tierras y minas en el virreinato, acumularon tal fortuna, que se vanagloriaban poder salir de su casa de descanso en el Altillo y visitar su Hacienda de Patos en Coahuila, sin salir de sus propiedades, fueron los constructores y dueños de la contigua al puente hacienda de San José del Altillo.

Con el nacimiento de la República, la casa era un lugar de descanso veraniego, viviendo la familia en el centro de la ciudad de México. En 1856, José María Aguayo, cansado de tantos desordenes sociales, decide irse a vivir al Altillo, dedicándose por entero a la producción de fruta y conservas, dándole lo suficiente para mantener a la familia. Tan sólo la cosecha de fruta, en aquel tiempo, produjo \$ 3,000 pesos anuales, sin contar la producción de pulque. Don Manuel Rivera Cambas comenta:

En Coyoacán y sus inmediaciones se recogen frutas en cantidad considerable, al grado de constituir los capitales de muchos vecinos; se venden con estimación en la capital de la República las peras de diversas clases, perones, manzanas, membrillos, duraznos, aguacates, capulines, zapotes blancos, castañas y ciruelas de España, tejocotes, chabacanos, guindas, naranjas agrias y tejocotes.⁵²

Queriendo asegurar el futuro de su hija Elena, don José María arregla en 1859, en plena guerra de Reforma, en medio de presidentes interinos, se arregla el matrimonio de su hija con Javier Piña y Saviñón, hijo del Lic. Manuel Piña y Cuevas,⁵³ que había sido ministro de hacienda en las presidencias de los generales Jos Joaquín Herrera y Mariano Arista. Tanto el padre de Elena como el Lic. Piña eran miembros del partido conservador. El matrimonio era en todo favorable. Los Aguayo recibían recursos frescos con la dote del acaudalado suegro que se desenvolvía en los acaudalados incipientes círculos financieros del país, y la familia Piña entraba en la rancia nobleza mexicana que en ese entonces veía la llegada de un monarca europeo que haría resurgir esa prosapia.



Google. (2023). Foto aérea de la Hacienda de San José del Altílo. México: Google Earth.

Esta era la extensión de la Hacienda del Altílo de la que quedan fragmentos de la barda original. Siguiendo las manecillas del reloj, en la parte superior izquierda, está el centro comercial WalMart y Suburbia, junto con el restaurante VIPS, territorio de la huerta que se posesionó Maximino Ávila Camacho. Luego sigue la avenida Miguel Angel de Quevedo, el banco, el predio para la venta de plantas, el restaurante El Venadito y lo que fueran Guardías Presidenciales, hoy en posesión de la SEDENA. Sigue el casco de la hacienda con la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, los que fueran laboratorios farmacéuticos, hoy Unidad de Transparencia de la SCT y pasando la avenida la panadería Santo Domingo.

Durante el Imperio de Maximiliano I de México, fueron miembros del grupo cercano a los emperadores, pero con la caída del Imperio, el descrédito fue enorme, pues fueron vistos como traidores. En la madrugada del 20 al 21 de junio de 1867, cayó la ciudad de México en manos de los liberales comandados por el general Porfirio Díaz. Entonces los vi llegar de nuevo a Coyoacán, retirándose casi de toda vida social por el resto de sus vidas.

Así llegamos a la década de los cuarenta del siglo XX, cuando llega a ser presidente Manuel Ávila Camacho y su hermano Maximino se autonombra secretario de Comunicaciones. Este tenía arrestos de dictador, ocupaba el cargo sin haber rendido primero protesta ante el presidente. Al autonombrarse secretario de Comunicaciones, y dejar la gubernatura en Puebla. Adquirió la Quinta Margarita, en el camino a San Jerónimo esquina con la avenida Insurgentes. Los únicos caminos de acceso a su Quinta eran la avenida Revolución, Insurgentes y para ir a su querida Puebla tenía que pasar -cruzando por encima de mí- por el congestionado Coyoacán con su av. Juárez (Francisco Sosa) llena de tranvías, autobuses

y vehículos. Por eso con todo su autoritario poder decide construir una carretera que entroncara con la calzada Ermita-Iztapalapa y tener una rápida salida a Puebla. Sus ingenieros le propusieron un trazo que pasaba por campos de sembradío y pedregales —la hoy avenida Miguel Angel de Quevedo y Taxqueña—, pero había un obstáculo insalvable: El Altillo, el cual tenía que ser partido a la mitad para concluir el camino. Los trabajos se iniciaron, pero la dueña del Altillo, Elena Aguayo de Piña con entonces cien años y conocida por todo el pueblo de Coyoacán, se negaba a recibir a ingenieros, y cuanto negociante enviaba el poderosísimo secretario de Comunicaciones.

Finalmente, un día a finales de 1943, vi llegar a la puerta del Altillo a un ayudante de la Presidencia de la República a solicitar una entrevista con la señora Elena Aguayo de Piña. Esta accedió y el presidente Manuel Ávila Camacho llegó una tarde de noviembre de 1943 en su Packard negro, acompañado tan sólo por su hermano Maximino y su chofer. Entraron por la ancha arboleda que da acceso al Altillo y pasaron al patio y en la espaciosa sala de estar fueron recibidos por Elenita que los esperaba con bocadillos, pasteles y café.



Anónimo. (1940). *Helena Piña de Aguayo con sus hijas en el patio de los naranjos del Altillo*. México: Archivo fam. Piña.

Comenzó la charla, en la cual Helena platicó lúcidamente sus experiencias en tiempos del Imperio, el Porfiriato, la Revolución, pero el presidente se interesó sobremanera en la defensa que habían hecho sus moradores de El Altillo durante la intervención americana en 1847. Doña Elena pasó a mostrar los recuerdos que tenía de esa época: una pintura de los voluntarios americanos formados al frente de la iglesia de Panzacola; la puerta con la firma de algunos de los soldados voluntarios y una gran cruz, que se encontraba en la huerta de la hacienda. Ante la imposibilidad de ocupar El Altillo y verse rechazados por sus moradores, con rabia la tiraron y la acribillaron. El presidente Ávila Camacho quedó

impresionado y Elena le regaló la cruz, diciendo el presidente que “era el símbolo del espíritu y la dignidad de los mexicanos que no se rendían aún ante la más grande adversidad”.

Esta cruz la conservó como una gran reliquia y se la llevó a su rancho de la Herradura. Cuando murió en 1955, fue puesta a la cabecera de su sepulcro, donde aún se conserva, aunque sus restos fueron trasladados a otro panteón en tiempos de Carlos Salinas.



Anónimo. 1965. *El presidente Gustavo Díaz Ordaz monta guardia en la tumba de Manuel Ávila Camacho a diez años de su muerte.* México.

La cruz que preside la tumba del presidente era la cruz protectora del pueblo de Coyoacán y estaba frente a la iglesia de Panzacola, fusilada por los norteamericanos en 1847 y regalada al presidente Ávila Camacho por Helena Piña de Sánchez Gavito. Fue colocada en su tumba en 1955 y ahí quedó después de trasladaron los restos del rancho La Herradura al Panteón Francés.

Luego pasaron al asunto de la necesidad “por bien de la nación” de dividir la centenaria propiedad del Alttillo. Pasaron a la huerta y ahí la voracidad de Maximino no tuvo límites: le propuso comprar la mitad restante de la huerta “para su hermano y que cuando se retirase, fuera su vecino”. Elena comentó después que no le quedaba opción, que: “con ese señor, o vendía o la robaba”, así que decidió vender. Así se partió el Alttillo por la mitad y surgió la que hoy se conoce como carretera de la Taxqueña y glorieta de los coyotes.

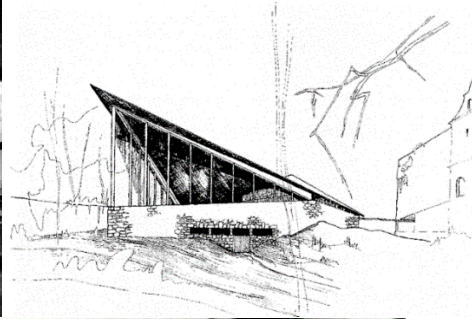
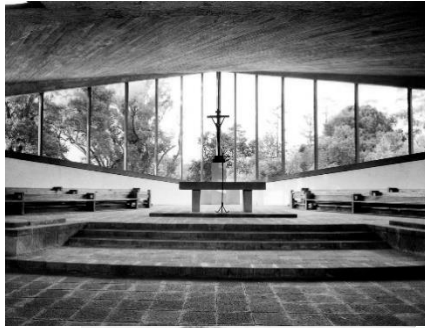
Entonces con gran pena, fui testigo de cómo la huerta, lugar de magia para los indígenas se fue convirtiendo en un lugar de degradación urbana. Ni Maximino ni Manuel Ávila Camacho lo habitaron jamás. Maximino confiaba en que Manuel lo nombraría su sucesor. Per tronó contra su hermano, reclamó sus derechos a ocupar la presidencia y juró matar a ese “facineroso” (Miguel Alemán). No obstante, el 17 de febrero de 1945, después de una comida multitudinaria en Atlixco, ocurrió la muerte sospechosa, pero en todo caso oportuna, de Maximino, quedando la parte que había comprado del Alttillo en propiedad de sus sucesores.

En diciembre de 1952, la propiedad sufrirá otra mutilación —que ya les comenté— al abrirse la avenida Fernando Casas Alemán (después avenida Universidad) que partirá en

cuatro la antigua propiedad. En los años sesenta surge la fábrica de cosméticos Avon y los laboratorios Roussel, luego otras franquicias y hoy oficinas de la SCT. En 1974 se comienza la construcción del centro comercial Plaza Taxqueña y a fines de los ochenta se abre la estación del metro Miguel Angel de Quevedo, con su aneja plaga de ambulantes y microbuses, el cual ha sido el peor homenaje que se le pudiera haber rendido, pues si viviera y saliera del túnel en la estación que lleva su nombre, se volvería a morir al ver en qué se convirtieron los pedregales y huertas que tanto amó y defendió.

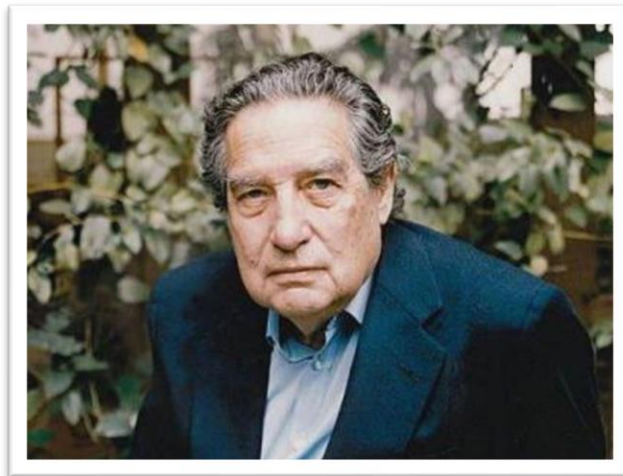
El 14 de junio de 1949, coincidiendo con la fiesta de San Antonio, doña Elena dona la finca de El Altillo a la congregación mexicana de los Misioneros del Espíritu Santo. Vi llegar en ese entonces a los jóvenes religiosos que fueron ocupando la casa.

En 1953 se comenzó a construir bajo la dirección del Arquitecto Enrique de la Mora, y el diseño del Félix Candela, la maravillosa capilla que es hoy parte del patrimonio artístico de la ciudad. La capilla innovó en el arte religioso y se volvió en un referente de su época. Tan vanguardista que fue la primera iglesia en América que tuvo su altar de cara al pueblo, los ornamentos diseñados por Manuel Arellano, Chucho Reyes Ferreira y Luis Barragán, las esculturas de Herbert Kauffman y el inmenso vitral del Espíritu Santo de Kitzia Hoffman, así como el canto gregoriano recuperado, constituyeron un entorno que hizo época por su relevancia y perfección, tanto en lo relativo al canto gregoriano como a la liturgia monacal. En la época de la olimpiada de 1968 fue capilla ecuménica, y a partir de entonces he sido testigo de mucha gente que participa de la vida de este centro espiritual y que sigue participando con sus altas y sus bajas hasta el día de hoy. El 4 de mayo de 2019 los restos de Concepción Cabrera de Armida (1862-1937) que reposan en la cripta de esta capilla fueron beatificados por el papa Francisco y ahí permanece esperando un mayor público para su reconocimiento y veneración.



AA.VV. Archivo MSPS, San José del Altillio (1959). Capilla de nuestra Señora de la Soledad sin vitral de Kitzia Hoffman; Boceto de Enrique de la Mora de la Capilla. Arquitectos Enrique de la Mora y Palomar y Félix Candela.

Un premio Nóbel se viene a Coyoacán



Anónimo. (1993). *Octavio Paz*. México: SEP.

La siguiente historia que les contaré comenzó en 1993, con Ernesto Zedillo, entonces secretario de Educación Pública, pensaba que la mejor manera de celebrar los 80 años de vida de Octavio Paz, premio Nobel de literatura 1990 era establecer una fundación que se

dedicara a promover la cultura y, en particular, la obra del propio Octavio Paz.⁵⁴ El poeta se mostró interesado, estuvo de acuerdo en que la fundación organizara conferencias, seminarios, talleres y exposiciones; otorgamiento de becas para el estudio de la literatura mexicana e hispanoamericana; edición de obras artísticas y literarias; adquisición y preservación de la biblioteca y el archivo personal de Octavio Paz y apoyo a instituciones con objetivos afines a los suyos.

Sucedió que, a fines de 1996, el 21 de diciembre, un incendio en el departamento de Octavio Paz en la colonia Cuauhtémoc afectó gran parte de los cinco mil volúmenes de su biblioteca personal, al parecer provocado por un corto circuito. El incidente ocasionó que las llamas desintegraran ediciones originales de Rubén Darío, Salvador Díaz Mirón y Manuel José Othón, libros con anotaciones personales, ediciones príncipes o dedicados por los autores al maestro Paz. También perdió cuadros de Juan Soriano, Gunther Gerzso y Roberto Matta que le habían regalado sus autores al poeta. A pesar de que el rector de la UNAM Francisco Barnés de Castro dedicó a gran parte del equipo del Instituto de Investigaciones bibliográficas a restaurar el acervo, mucho se perdió. El poeta comentó que sus libros se fueron "como se van los amigos". Ante la destrucción Paz y su esposa Mari José Tramini, se fueron a vivir al hotel Camino Real, pues el departamento quedó inservible.

El 24 de febrero de 1997 ingresa al Instituto Nacional de la Nutrición, donde permaneció 12 días, lapso durante el cual se le practicó una cirugía menor para extirparle un tumor cancerígeno maligno. Y comenzó el calvario de la lucha contra el cáncer. A mediados de julio, Paz ingresa a un hospital de Rochester, Estados Unidos, para someterse a otro tratamiento y de inmediato regresa a casa de unos amigos para ser internado en el Hospital Central Militar, donde por instrucciones del presidente Ernesto Zedillo ocupaba la suite presidencial de ese nosocomio.

Aquí es cuando yo entro en esta historia, los primeros días del mes de diciembre de 1997 empiezo a ver que en la llamada Casa de Alvarado en la esquina de Salvador Novo y Francisco Sosa, van entrando cajas con libros y algo de mobiliario. Es el poeta que llega a vivir a ese lugar para tener más estabilidad a instancias del presidente de la República.



Olvera Francisco. (18 diciembre 1997). Al instalar la Fundación Octavio Paz, Antonio Ariza (empresario dueño de Domecq) besa la mano del Nobel de Literatura. Lo observan Fernando del Paso y el presidente Ernesto Zedillo. *La Jornada*.

El 17 de diciembre a media mañana veo movimiento de vehículos y guaruras. Hacia mediodía llega el presidente de la República para el acto oficial de creación de la fundación Octavio Paz. En esta ceremonia intervinieron también el escritor Fernando del Paso y el empresario Emilio Azcárraga Jean y otros personajes.

En esa ocasión, su última aparición pública, y luego de hacer a un lado las tres cuartillas que tenía preparadas, el Premio Nobel habló de México de la siguiente forma:

México es un país solar. Y siendo un país donde el sol abunda, un país rico de sol, pródigo del sol, es también un país negro, un país oscuro. Esta dualidad de México me preocupó desde niño y esta preocupación me llevó, sin saberlo ni quererlo, a escribir algunas páginas de *El laberinto de la soledad*. Estoy seguro que se preparan nuevos días para México y que esos días serán de luz, con sol y amor. Creo que en estos años no termina un periodo de México, como se piensa comúnmente, sino que se da una vuelta a la esquina para continuar.⁵⁵

Para esa continuidad, Paz destacó el papel de la juventud:

Los jóvenes mexicanos son eso: la luz de México y siendo la luz, son también la oscuridad. Su recompensa y la promesa de algo que todavía no se realiza pero que se va a realizar pronto.⁵⁶

Fernando del Paso, luego de reseñar su larga amistad con Paz, dijo que el poeta era “una de las conciencias más lúcidas de este país, de todos los de habla hispana y del planeta entero”.

A partir de entonces la vida del poeta se fue haciendo como una sombra pesada que flotaba y contagiaba el ánimo. En torno a él los médicos que lo visitaban y un par de enfermeros, y la seguridad a cargo del Estado Mayor presidencial eran el movimiento que

veía en esa casa. Octavio Paz ocupó la planta baja de la casa junto con su esposa y siempre estuvo junto a él, pues lo veía pasar cotidianamente, al maestro amigo y confidente del poeta Juan Soriano.

También lo visitaban otros íntimos amigos, pero todo dependía del estado de ánimo del enfermo. Con el paso de los meses, la salud del poeta se fue acabando, pero no su lucidez. El domingo 19 de abril de 1998 fue un día radiante. Hacia las 10:35 de la noche se apagó y la noticia corrió como reguero de pólvora por los medios.

La viuda Marie José Tramini podemos decir que se apropió del poeta, teniendo cosas excesivas hasta su muerte. Había decidido que fuera estrictamente íntimo el duelo y no permitió el paso a casi nadie. El lunes 20 desde las nueve y media vi como empezaron a llegar amigos, curiosos y periodistas, para congestionar la calle y ser testigos de una tristeza encerrada, pues Juan Soriano era el único que permitía la entrada. Llegaron como ochenta personas. Como veinte alcancé a ver, entre ellos: Carlos Monsiváis, Ramón Xirau, Cristina Pacheco, Eduardo Lizalde, Teodoro González de León, Fernando del Paso, Alejandro Rossi, Rafael y Guillermo Tovar y de Teresa, José Luis Cuevas, Marco Antonio Montes de Oca, Adolfo Castañón, Alfredo Guati Rojo, Celia García Terrés, quien fue una de las primeras administradoras de la revista *Vuelta*.

A media mañana, entre el correr de periodistas de la puerta de Francisco Sosa a la de la calle de Salvador Novo, vi como una camioneta de la funeraria Gayosso marcó el inicio del último acto que daría por terminado el íntimo adiós, para dar paso a la vorágine exterior de semblanzas, declaraciones y fotografías. Los periodistas gráficos disparaban por los resquicios de la Casa Alvarado que se mostraban entre las puertas, que finalmente empezaron a abrirse por la calle de Salvador Novo para que entraran dos camionetas y dos carros. Alguien de la casa terminó por convencerlos de que se formaran en valla. Cuando la carroza negra salió, cortó el aliento a los reporteros y disparó los obturadores; por primera ocasión en lo que iba del día, a las 11 con 53 minutos, una evidencia física lo confirmaba: Octavio Paz había muerto.

Marie José, como un espectro, pasó enseguida en una de las camionetas, sin molestarse en taparse a las cámaras, como mirando el vacío de un lunes sin Octavio. Entonces se declaraba que su cuerpo sería incinerado y que en esa casa descansarían sus cenizas, cosa que no sucedió, pues la viuda los mantuvo en su bolso y en su casa el resto de su vida. Lo que queda de ellas descansa hoy en un memorial en el Colegio de San Ildefonso. Poco tiempo después arrancó la operación de la fundación, pero las disputas entre la viuda y otros que se consideraban sus legatarios sepultaron la difusión de los trabajos de Octavio Paz. Hoy a más de veinte años, se le valora con más medida y criticidad.

Así fui testigo de cómo comenzó la mañana del adiós del poeta, una mañana extraña, como si el siglo estuviera por concluir, como si una piedra de sol girara lúcida y solitaria,

evocando al poeta que con su voz chillona nos dice: “...estoy presente en todas partes y para ver mejor, para mejor arder, me apago”.

Zapatistas de ayer y hoy en Coyoacán



Anónimo. (6 diciembre 1914). *Zapatistas en el Centro de Coyoacán*. Proceso

Emiliano Zapata, inspirado por el Plan de San Luis, se levanta en armas a fines de 1910. Para mayo de 1911, quedaban en el estado de Morelos dos baluartes federales: Cuautla y Cuernavaca. Para el 19 de mayo las fuerzas zapatistas dominaban Morelos. En la Ciudad de México, el viejo dictador, Porfirio Díaz escuchó las noticias con verdadera alarma. Sabía que “los chinacates del sur eran bravos”. “Estuve tranquilo hasta que se levantó el Sur”, comentaba en su exilio. Seis días después de la toma de Cuautla renunció.

Para principios de junio Madero toma el ferrocarril a Cuernavaca, para ir a pagar la visita que el 7 de ese mes le había hecho Zapata. Madero no había visitado Morelos durante sus campañas presidenciales, así que ese viaje fue una gira electoral y un tanto para reconciliar posturas. Se detuvo en San Angel y fue recibido por los vecinos del lugar.

Según los relatos de Elena Piña de Aguayo, Madero visitó la Hacienda del Altillo y subió a la logia, alabó el buen clima y el aire tan puro. El aire era entonces tan transparente, que cuenta Elena en sus recuerdos que Madero “pudo contemplar desde ahí, a lo lejos, el Castillo de Chapultepec”. De ahí fue a la plaza principal de Coyoacán, donde dio un breve discurso y regresó a San Angel para seguir por el ferrocarril a Cuernavaca su viaje a esa ciudad y a Cuautla, para encontrarse con Zapata.

Muerto Madero el 22 de febrero de 1913 por el golpe de Estado de Victoriano Huerta, patrocinado por la embajada de Estados Unidos, los zapatistas volvieron a las armas. En marzo de 1914, Zapata toma Chilpancingo. En junio de 1914 pasa a ocupar Coyoacán y la ciudad de México asustada por la prensa oportunista que afirma que los habitantes capitalinos “tiemblan ante el asalto inminente de las hordas zapatistas”.

El 6 de diciembre de 1913, el general Emiliano Zapata, al frente de 18 mil soldados surianos, entró triunfante a Coyoacán. Los habitantes de la Hacienda de El Altillo se encontraban encerrados a piedra y lodo. Pero los habitantes más sencillos de Coyoacán los recibieron con vítores y cantos a su paso por las calles, hasta pasar a ocupar las instalaciones del elitista Club Campestre de Coyoacán. Los presidentes del Club fueron a protestar por la ocupación, pero la respuesta de los zapatistas fue despojarlos de cuanto llevaban encima y devolverlos sanos y salvos desnudos dentro de dos barriles a la Ciudad de México.

Una vez que entró el ejército constitucionalista al mando de Venustiano Carranza en Coyoacán, los zapatistas se retiraron y Carranza instaló en el templo de San Juan Bautista al Batallón Libres de Veracruz al frente del General Gabriel Gavira. En la entrada de Coyoacán, en el puente de Panzacola, el general Gavira puso una guarnición atrincherada en la Plaza de San Antonio. El 5 de febrero, una partida de zapatistas de aproximadamente quinientos hombres, al mando del general Amador Salazar, comenzó a disparar a la guarnición que se había atrincherado en la puerta de la iglesia de San Sebastián Mártir y en el puente de Panzacola.

Los zapatistas emplazaron ese día su artillería en el cerro Zacatépetl y bombardeaban Coyoacán y San Angel con granadas de 75 milímetros. Dice Elena Aguayo que ella y sus familiares se refugiaron en la más interior de las recámaras y para reducir el peligro colocaron colchones y cojines en las ventanas.

Los carrancistas contraatacaron flanqueándolos por el río Magdalena y Copilco, obligándolos a huir a San Angel. Todo el día fue de tiroteo. El 6 de febrero al amanecer, después de tres horas de combate, los carrancistas obligaron a los rebeldes a replegarse hacia los cerros de Santa Fe.

Días después, alguien informo a Da. Elena Aguayo que un grupo de gente armada había brincado las bardas de la huerta y estaba cortando la fruta. También que en el convento del Carmen, habían sacado a los muertos de sus tumbas y con sorpresa encontraron a varios momificados, arrojándolos desnudos en un rincón. El terror se apoderó de todos. Uno de los empleados de la huerta del Altillo, sin armas, se dirigió a la huerta y fue a preguntar lo que estaban haciendo. Tenemos hambre, contestaron. Sin pensarlo mucho, llevaron al grupo a la cocina de la casa, proporcionándoles alimentos. Satisfechos, se fueron agradecidos; pero no antes de que Elena Piña les indicara que cuando volviesen a sentir hambre tocaran la puerta de la casa en lugar de brincar las bardas para llevarse la fruta. Elena Aguayo recuerda muy bien su indumentaria: “calzón y blusa de manta; sobre la cabeza un enorme sombrero de palma que servía para depositar algunos objetos de poco peso; en la copa una estampa de la Virgen de Guadalupe; tres cananas repletas de parque, una de ellas en la cintura y dos cruzadas sobre el pecho; el máuser o una carabina 30-30 y el indispensable machete”.

Ahora vayamos a finales del siglo XX. Los movimientos revolucionarios con los que iniciaron tuvieron sus logros sociales, pero para finales de siglo XX, se fue imponiendo el movimiento financiero, globalista, sin importar las diversidades culturales, ni sus valores, poniendo por encima el individualismo y el mercado global. El 1 de enero de 1994 entraba en vigor un tratado globalista para América del Norte y la respuesta fue la visibilización del México profundo de los indígenas del estado de Chiapas que tomaron la ciudad de San Cristobal de las Casas levantándose en armas por doce días. Y nombrándose Ejército Zapatista de Liberación Nacional, inspirados en el zapatismo original, de origen campesino y popular, que fue aplastado por el carrancismo en 1919.

A los pocos días del levantamiento, los líderes zapatistas cambian su estrategia y via redes y comunicación, así como con acciones simbólicas se hacen presentes, teniendo un impacto que fue demoledor tanto a nivel nacional como internacional, planteando una visión alternativa desde la persona, la colectividad, la tierra y la diversidad, ante el globalismo financiero unificador, deshumanizante y que olvida a la persona.

Un ciclo importante se cerró en el año 2001, que significó un cambio en el camino de la lucha zapatista. Fue el año de la “Marcha del Color de la Tierra”, una movilización sin precedentes en la historia de México, del Tercer Congreso Nacional Indígena y de la participación de comandancia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el Congreso de la Unión. También fue el año de la traición de la clase política toda de corte globalista, que desconoce oficialmente los Acuerdos de San Andrés Larrainzar sobre la aceptación de los derechos y cultura indígena y de la búsqueda de otros caminos, no sólo para el movimiento indígena nacional, sino para muchos colectivos, organizaciones e individuos que a partir de ese momento tuvieron claro que con la interlocución con los partidos políticos, los gobiernos y las instituciones no llegarían a ningún lado. La autonomía y la autogestión en la práctica serían el esfuerzo siguiente.

En total 37 días caminó la Marcha del Color de la Tierra a lo largo de 6 mil kilómetros. La respuesta oficial a los millones de personas que participaron en más 70 actos multitudinarios llegó el 25 de abril de ese mismo año, cuando todos los partidos políticos (incluido el PRD) aprobaron por unanimidad una reforma constitucional que desconoció los Acuerdos de San Andrés. A partir de ese momento nada volvería a ser igual.

La noche del 25 de abril un grupo de 35 miembros del ejército zapatista llegó al Altillo, comandados por el mayor Moisés. Al otro día después del desayuno en un teléfono se comunicó con sus jefes informando que todo estaba bien, que el lugar era seguro y Marcos le preguntó: ¿Cómo describirías el lugar? El mayor mosiés respondió escuetamente: “alta burguesía”.

Al otro día en los jardines del Altillo tuvo lugar un encuentro de las grandes religiones: católica, mormona, sufí, bautistas y judía con el EZLN. La oración estuvo precedida por Don Samuel Ruiz y Raúl Vera.

Al día siguiente por la mañana después de desayunar los zapatistas se retiraron del Alttillo rumbo a sus tierras en Chiapas. En 2023 es un estado con niveles de pobreza más bajos que el triangulo centroamericano (Guatemala-Honduras y el Salvador) que es un escándalo. Además de que el crimen organizado controla el territorio y el zapatismo a caído en el olvido, pero muchas de sus luchas abrieron un camino en México.⁵⁷



Anónimo. (28 abril 2001). *La comandancia zapatista del comandante Moisés al centro en el Alttillo antes de partir.* México: colección particular.

A los inicios de milenio y una nueva época

Diré con un dejo de vanidad: Cuanta gente no ha quedado cautivada por mi presencia, y se ha venido a vivir a mis cercanías en Coyoacán, que dice junto con Salvador Novo: “¿Quién en efecto, una vez asentado en Coyohuacan, lo abandonaría?”⁵⁸

En 1946, Novo comenta que “Coyoacán va enajenándose, volviéndose pintoresco y turístico”.⁵⁹ Esto se ha agravado como lo vemos en la reciente “hipsteria” que invade Coyoacán hoy. Pero en estos tiempos se fueron construyendo casas de estilo mexicano, para la nueva aristocracia que iba llegando. La presión por la especulación inmobiliaria no ha cedido desde entonces.

Para terminar, citaré a algunos de mis cercanos vecinos que hicieron su vida en mi vecindad: el folclorista Rubén M. Campos, el historiador Francisco Sosa, el pintor Alfredo Ramos Martínez que daba clases de pintura al aire libre tomándome como modelo; a Chávez Morado, a Francisco Díaz de León, al acuarelista Ignacio María Beteta y a Rufino Tamayo, al historiador José Lorenzo Cossío, a Alberto Vázquez del Mercado, a Antonio Castro Leal y a José Gorostiza; a los historiadores Manuel Toussaint y Miguel León Portilla; al músico Julián Carrillo, cuyos hijos nacieron aquí; al ilustre arquitecto moreliano Manuel González Galván y artistas de cine como Dolores del Río, Emilio Indio Fernández y Gabriel Figueroa, así como el centenario fotógrafo Manuel Álvarez Bravo y la comercial Frida Kahlo.

Es igualmente numerosa la lista de extranjeros que he visto pasearse en mi pretil: desde la ilustre Zelia Nuttal, el poeta Gustavo Regler, el fotógrafo Mario Bucowich, su majestad el destronado por Stalin Rey Carol de Rumania con Madame Lupuscu y una hermosa colección de perros negros. Así como León Trotsky que fue asesinado en un lugar cercano.

Finalmente, también he visto llegar a políticos y banqueros como Miguel Mancera Aguayo, Agustín Carsens, Jesús Reyes Heroles, Adolfo Aguilar Sinzer, el controvertido presidente Miguel de la Madrid, que viniera a vivir en mi vecindad en los años setenta con su esposa Paloma Cordero y sus cinco hijos. En la cercana cerrada de Dulce Olla puso un tiempo sus oficinas Carlos Salinas. Y más recientemente, desde Copilco muy temprano veía pasar diariamente rumbo al zócalo capitalino, casi siempre de madrugada y sin tráfico al entonces jefe de Gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador en su famoso Tsuru blanco.

Repaso y epílogo

Compañeros y compañeras del camino. Aquí termino mi narración. Creo que pudiste darte cuenta de porqué mi orgullo y porqué me pesa la memoria histórica. Son muchos acontecimientos y momentos decisivos de la vida de esta ciudad lo que he visto. Soy su silencioso testigo sin pretensiones. Si lo comparto es para que te des cuenta de que no eres una isla en este caminar, eres parte, protagonista, heredero, presente y futuro de la vida de este lugar que hoy se llama Ciudad de México, lugar donde se encuentran la naturaleza y la historia y como yo he visto a lo largo de tantos siglos. Dios y el diablo han pasado por el puente de Panzacola de Coyoacán.

Coyoacán, 15 de septiembre de 2005

Referencias

- ¹ Encinas, Diego. (2018). *Cedulario Indiano, Cédula emperatriz Juana, 1530*. Madrid: Real Academia de Historia, libro I, pp. 264. https://www.boe.es/biblioteca_juridica/abrir_pdf.php?id=PUB-LH-2018-56_1
- ² Cédula (18 agosto 1548), ibid. Encinas. Recordemos que España estrictamente solo fue imperio del año 1520 a 1556. Aunque sociológicamente por la influencia de la historiografía inglesa le aplique el término de Imperio Colonial, su administración era a través de Consejos, en Nueva España el de Indias y reinos asociados como el Reino de Nueva España.
- ³ Huerta, Efraín. (1944). Declaración de odio. *Los hombres del alba*. México: Poetikus. <https://www.poeticous.com/efrain-huerta/declaracion-de-odio?locale=es>
- ⁴ Gamio, Manuel. (1929). Las excavaciones del Pedregal de San Angel y la Cultura Arcaica del Valle de México. *Anales*. México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Vol, XXII (2), pp. 7-8.
- ⁵ Schávelzon, Daniel. (1983). *La pirámide de Cuicuilco, álbum fotográfico 1922-1980*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ⁶ *Miguel Angel de Quevedo y Zubieta (Guadalajara, Jalisco 1862- Ciudad de México 1946)*. Ingeniero, investigador mexicano y lo que hoy llamaríamos ecologista, que dedicó gran parte de su vida al estudio y cuidado de la flora. Es a veces llamado el “Apóstol del árbol”. Miembro de una familia porfirista acomodada, hizo sus estudios en Francia. Recibió el diploma de bachiller en ciencias de la Universidad de Burdeos, y se graduó como ingeniero civil, con especialización en ingeniería hidráulica, en 1887, por la Escuela Politécnica de París. En la administración de Porfirio Díaz, trabajó en el Departamento Forestal de la Secretaría de Agricultura (del cual fue jefe varias veces). En esa oficina, trabajó en un programa de parques para el área urbana de la Ciudad de México, que en una década incrementó en 800% el área dedicada a parques en la ciudad.
- Durante el gobierno de Francisco I. Madero creó una reserva forestal en Quintana Roo, pero sus proyectos se vieron interrumpidos tras el golpe de Estado de Victoriano Huerta el cual lo obligó a exiliarse del país entre 1914 y 1917. Durante el gobierno de Venustiano Carranza regresó y trabajó para lograr que el Desierto de los Leones fuese nombrado el primer parque nacional de México. Fundó la Sociedad Forestal Mexicana en 1922. Uno de los propósitos de la nueva sociedad fue conseguir la implantación de una enérgica ley forestal en México; objetivo alcanzado en 1926, cuando Plutarco Elías Calles promulgó la ley respectiva, y su reglamento al año siguiente. Esta ley fue el arquetipo para todas las subsecuentes leyes forestales en el país.
- Desde 1907 envió el proyecto de crear y expandir los Viveros de Coyoacán en terrenos que él mismo dono, juntando predios y parte del Rancho de Panzacola. Fue la pieza central de un sistema de viveros que producía 2.4 millones de árboles al año, pionero en su tipo en el país.
- Se hizo famoso por su dedicación a la defensa forestal de México. Consiguió detener los médanos de Veracruz, especialmente los de la Playa Norte, mediante la plantación en gran escala de casuarinas, especie que se importó de Australia. Promovió la formación de pequeños bosques alrededor de las estaciones ferroviarias de todo el país. Elaboró, en el sexenio de Lázaro Cárdenas, la iniciativa de ley que declaró Reserva Nacional al Pedregal que principiaba en donde hoy está la avenida que lleva su nombre. A pesar de sus esfuerzos la voracidad económica fue su peor enemigo. Hoy de esta sólo queda la reserva de la UNAM, siempre amenazada por edificios académicos.
- El ingeniero Quevedo construyó varias edificaciones notables, destacando la gran calidad de los acabados y las diversas soluciones que implementó en ellas. Fue el constructor preferido del empresario Ernesto Pugibet para realizar los edificios de la Cigarrera del Buen Tono, destacando el Conjunto Mascota, un edificio de departamentos al estilo parisino, que fue concebido para albergar a parte de los trabajadores de la cigarrera; sus departamentos fueron considerados los mejores de su tiempo por su amplitud y funcionalidad.
- Murió en la ciudad de México, el 15 de julio de 1946. La avenida principal de Coyoacán y una estación del Metro de la Ciudad de México simbolizada con un árbol de la vida, llevan su nombre.

- (Salmerón, Luis. (Junio 2011). Miguel Ángel de Quevedo. *Relatos e historias en México: Raíces*, año 3, n. 34, p. 92)
- ⁷ Nuttal, Zelia (1857-1933). Arqueóloga y escritora. Nació en San Francisco, California. Se educó en Inglaterra, Francia y Alemania. Regresó a su país natal, casó con el sabio francés Alphonse L. Pinard, de quien poco después se divorció. Vino a México en 1900, en viaje de recreo. Compró la casa llamada de Alvarado, en Coyoacán, y allí residió el resto de su vida. Se consagró a estudios históricos y arqueológicos mexicanos que se publicaron en diversos periódicos y revistas de Estados Unidos y Europa, además de México. Compró a un traficante arqueológico el códice mixteco que lleva su nombre. Perteneció a varias sociedades científicas del país y del extranjero. Murió en Coyoacán en su casa en la calle de Francisco Sosa.
- ⁸ Lenz, Hans. (1996). *San Angel, nostalgia de cosas idas*. México: Miguel Angel Porrúa.
- ⁹ Sahagún, F. Bernardino de. (1988). *Historia general de las cosas de la Nueva España*. México: CONACULTA- Alianza Editorial Mexicana. Cap. XIV, Quecholli, pp. 104-105.
- ¹⁰ Olivier, Guilhem. (2015). *Cacería, sacrificio y poder en Mesoamérica. Tras las huellas de Mixcóalt, "Serpiente de Nube"*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, Fondo de Cultura Económica, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- ¹¹ Sahagún, op. cit.
- ¹² San Miguel, Fray Andrés de. (1969) *Obras. Introducción, notas y versión paleográfica de Eduardo Báez Macías*. México; UNAM- Instituto de Investigaciones Estéticas.
- ¹³ Fernández del Castillo, Francisco. (1987). *Apuntes para la historia de San Ángel y sus alrededores. Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México 1913*. México: Editorial Porrúa, p. 48.
- ¹⁴ Sierra, Justo. (1905). La Cascada de Tizapán. En Esteva, Adalberto. *México pintoresco, antología de artículos descriptivos del país*. México: La Europea, p. 75
- ¹⁵ Gamboa, Federico. (1903). *Santa*. México: Freeditorial, p. 236. <https://freeditorial.com/es/books/santa#>
- ¹⁶ *Juventino Rosas (1868-1894)*. Nacido en Santa Cruz Galeana, Guanajuato, en una familia humilde de músicos. En 1875 se muda a la Ciudad de México, donde se vuelve el compositor y músico de la alta sociedad porfirista. Muere durante una gira en Cuba el 9 de julio de 1894.
- ¹⁷ Pacheco, José Emilio. (19 septiembre 1999). Viena, México y el vals sin fin. México, *Proceso*, 1194.
- ¹⁸ El decreto del 2 de mayo de 1826 suprime los títulos de nobleza y termina diciendo: "El Gobierno dispondrá se destruyan por los dueños de edificios, coches y otros muebles de uso público, los escudos de armas y demás signos que recuerden la antigua dependencia o enlace de América con España". (Dublán y Lozano, *Legislación mexicana, ley de 2 de mayo de 1826*, México: UNAM. n. 474, t. I, p. 777. <http://www.biblioweb.tic.unam.mx/dublanylozano/>
- ¹⁹ Etimología. Tzatzacualan, del náhuatl. donde está el lugar cerrado que por deformación lingüística se convirtió en Panzacola. Y donde el templo se ubica a la entrada del espacio cerrado por piedra volcánica y donde fue la fiesta del Quecholli y luego huerta de frutos de la hacienda de San José del Altillo. Hoy es centro comercial.
- ²⁰ La casa referida es la no. 439, construida por Miguel Angel de Quevedo como "casa modelo" para los futuros compradores de predios en la zona de la calle Francisco Sosa. A las que les pusieron nombres de inspiración virreinal como casa del león rojo, casa de Alvarado, casa del sol, casa del rey, etc. En 1980 la residencia porfiriana fue habilitada como casa de campaña del PRI para Miguel de la Madrid, que después la ocupó como oficinas personales hasta que en el año 2000 pasó a ocuparla el DIF, como Oficina General de Adopciones.
- ²¹ Pulido Silva, Alberto. (1982). *Coyoacán, historia y leyenda*. México: Ed. Alociados SA.
- ²² Grant, Ulysses. (1879). Entrevista al periodista John Russell Young. En Russel, John. (2002). *Around the World with General Grant*. Baltimore, John Hopkins University Press, pp. 376-377.
- ²³ Para orientación de quienes conozcan poco la ciudad de México, teniendo como referencia el Periférico Sur, por el cual — saliendo de Xochimilco- van quedando a mano derecha el Estadio Azteca, la Ciudad Universitaria y Perisur. Entre este último punto y los Jardines del Pedregal se alza el cerro de Zacaltépetl al que trepó Scott con su plana mayor para observar la batalla de Padierna, librada a

poca distancia, donde hoy existe un parque de diversiones (*Six Flags*) y numerosas zonas residenciales asentadas sobre campos de lava al sur de Contreras y San Jerónimo.

Las exploraciones de Robert E. Lee fueron extraordinarias para el ejército norteamericano. El general Winfield Scott lo calificó como “el más importante hecho de armas y de coraje físico y moral realizado por un individuo que yo sepa mientras duró la guerra” (Scott, Winfield. (1847). *Informe al gobierno*. EU: Senado. Ex. Doc. 65, Sen. 30º Cong., 1ª Ses., p. 73)

- ²⁴ Alcaraz, Ramón. (1983). *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. México: Siglo XXI, pp. 234-235.
- ²⁵ Balbontín, Manuel. (1883). *La invasión americana 1846-1848. Apuntes del subteniente de artillería Manuel Balbontín*. México: Imprenta de Gonzalo A. Esteva, p. 92.
- ²⁶ Selph, Henry Robert. (1950). *The Story of the Mexican War*. Indianapolis/New York: The Bobbs-Merrill Company, p. 342.
- ²⁷ INEHRM. (1993). *¡Si hubiera parque...!: Pedro María Anaya*. México: Gobierno del Estado de Hidalgo, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana [Hidalgo] y Delegación Benito Juárez, México, D.F., p. 108.
- ²⁸ Bauer K., Jack. (1974). *The Mexican War. 1846-1848*. New York: Mac Millan Co., pp. 297-298.
- ²⁹ Granados, Luis. (2003). *Sueñan las piedras: alzamiento ocurrido en la ciudad de México 15, 16 y 17 de septiembre 1847*. México: Ediciones ERA, CONACULTA e INAH.
- ³⁰ Manuel Payno (1810-1894). Nació en la ciudad de México. Terminados sus estudios trabajó como meritorio en la aduana de esa ciudad. Con el grado de teniente coronel, pasó al Ministerio de Guerra como jefe de sección. Fue administrador de rentas del estanco de tabacos. En 1842 se le nombró secretario de la legación mexicana en Sudamérica e hizo su primer viaje a Francia e Inglaterra. Fue enviado por Santa-Anna a Nueva York y Filadelfia para estudiar el sistema penitenciario panóptico y poder implementarlo en Puebla y ciudad de México. En 1847 combatió a los norteamericanos y estableció el servicio secreto de correos entre México y Veracruz. Fue ministro de Hacienda (4 julio 1850-13 enero 1851), en la administración de José Joaquín Herrera. Perseguido por Santa-Anna se refugia en Estados Unidos. Regresa y ocupa la Secretaría de Hacienda (14 diciembre- 5 de mayo 1856) en el gobierno de Ignacio Comonfort. Contribuyó al golpe de Estado de 1857 por lo que se le procesó y eliminó de la política. Acusado de conspiración fue hecho prisionero en 1863 durante el Imperio. Restaurada la República, fue varias veces nombrado diputado. Su pasión era la historia y fue profesor de la Escuela Preparatoria. En 1882 fue senador y el presidente Manuel González lo envía a Paris y en 1886 es nombrado cónsul en Santander y después cónsul general en España. A su regreso en 1892 fue nombrado senador. Murió en San Angel en 1894.
- ³¹ Payno, Manuel. (1996). *Crónicas de viaje*. México. CONACULTA, p. 40.
- ³² Payno, Manuel. (2007). *Los Bandidos de Río Frío*. México: Porrúa, Sepan Cuantos no. 3, p. 456.
- ³³ Guillermo Prieto (1818- 1897). Nació en la Ciudad de México en 1818, pasó su niñez en el Molino del Rey, donde su padre administraba el molino y la panadería. Al morir éste en 1831, la madre, perdió el juicio y el pequeño quedó desamparado. Trabajó como empleado en una tienda de ropa, y poco después, bajó la protección de Andrés Quintana Roo, obtuvo una plaza en la aduana y pudo inscribirse en el Colegio de San Juan de Letrán para continuar sus estudios. En este tiempo se hizo amigo de Manuel Payno. Es uno de los ideólogos del gobierno de la Reforma. Murió en Tacubaya en 1897.
- ³⁴ Prieto Guillermo. (2004). *Memorias de mis tiempos*. México: Porrúa, Sepan Cuantos no. 481. p. 63-66.
- ³⁵ Fernández, Justino. (1983). *El Arte del siglo XIX en México*. México: UNAM, p. 82.
- ³⁶ De la Torriente, Loló. (1959). *Memoria y razón de Diego Rivera*. México: Editorial Renacimiento, Tomo I, pp. 194-195.
- ³⁷ Sosa, Francisco. (1890). *Bosquejo histórico de Coyoacán*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, pp. 62-63.
- ³⁸ José Juan Tablada (1871-1945). Nació en la Ciudad de México. Allí cursó estudios y estuvo algunos meses en el Colegio Militar. Frecuentó una academia de pintura, ejerció modestos empleos en la

- administración de los ferrocarriles y a los diecinueve años empezó a colaborar en *El Universal*. A lo largo de medio siglo escribió más de diez mil artículos. Colaboró en *El Mundo Ilustrado*, *Revista de Revistas*, *Excelsior* y *El Universal Ilustrado*. Durante el gobierno de Victoriano Huerta dirige el *Diario Oficial*; huye de México al triunfo revolucionario, emigrando a Nueva York. En 1915 Venustiano Carranza lo nombra 2º secretario del Servicio Diplomático, cargo que ejerció en Colombia y en Venezuela. En 1920 renuncia a la diplomacia y abre una librería en Nueva York, donde difunde con entrega y conocimiento el arte mexicano. Regresa a México en 1933, volviendo a Nueva York en 1944, donde muere, poco después de haber sido nombrado vicecónsul de México. En 1937, publica sus memorias tituladas *La Feria de la Vida*. En esta obra nos narra la vida de Coyoacán a finales del siglo XIX. El segundo volumen titulado *Las Sombras Largas* es publicado póstumamente en 1993
- ³⁹ Ducray-Dumini, Francois. (1855). *Las tardes de la granja o lecciones del padre*. Madrid: Calleja. Es un libro con lecciones moralizantes de un padre a sus hijos en un ambiente pastoril.
- ⁴⁰ Tablada, José Juan. (1991). *La Feria de la vida*. México: Lecturas Mexicanas 22, CONACULTA, p. 243.
- ⁴¹ Salvador Novo López (*Ciudad de México; 1904 — 1974*), fue poeta, dramaturgo, ensayista, crítico, cronista, traductor, director teatral, publicista y funcionario cultural; autor de una vasta obra literaria. Fue uno de los escritores más prolíficos del siglo XX: publicó 19 poemarios, 17 libros de crónica, nueve ensayos, una novela, un cuento y una autobiografía. Parte de su obra está inscrita en seis antologías, entre ellas *Antología de cuentos mexicanos e hispanoamericanos* (1923) y *Seis siglos de la Ciudad de México* (1982). Su obra es amplia y diversa en géneros y temas, así como una constante presencia de su figura en el ámbito cultural y literario. Tanta diversidad dificultó su estudio por muchos años. Se le identifica con el movimiento de los Contemporáneos, grupo de autores que modernizó el ejercicio literario y artístico en nuestro país en la primera mitad del siglo pasado, y quienes actuaban en contraposición al nacionalismo, corriente artística e ideológica imperante en la época. Por el contrario, buscaron una estética universal identificada con las vanguardias europeas en sus diferentes modalidades, además de procurar la innovación, la transgresión y la novedad temática. Fue poseedor de un espíritu crítico y vanguardista, solía realizar análisis textuales de diversos actores de la escena cultural nacional, desde los estridentistas hasta los novelistas de la Revolución, personalidades de la sociedad, el gobierno y el periodismo. Para la década de los sesenta, la impronta de Novo en la literatura mexicana ya estaba presente. Se desempeñó con una brillante inteligencia y una constante creatividad en todo tipo de empresas culturales promovidas por el Estado. En 1952 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, en 1965 fue nombrado cronista de la Ciudad de México y en 1967 obtuvo el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el rubro de Lingüística y Literatura.
- ⁴² Novo, Salvador. (1996). *La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines* (3 Vols.). México: CONACULTA, Memorias Mexicanas, vol. I, 2 mayo 1953, p. 118.
- ⁴³ *Ibid.*, vol. III, 11 enero 1958, p. 227.
- ⁴⁴ *Ibid.*, vol. I, 2 mayo 1953, p. 118.
- ⁴⁵ Novo, Salvador. (1973). *Historia y Leyenda de Coyoacán*. México: Porrúa, Sepan Cuantos 704, prólogo.
- ⁴⁶ Novo, Salvador. (1962). *Breve Historia de Coyoacán*. México: Ediciones Era.
- ⁴⁷ *Op. Cit.*
- ⁴⁸ Novo, Salvador. (1994). *La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho*. México. CONACULTA, Memorias Mexicanas, 4 septiembre 1943, p. 23
- ⁴⁹ Ruíz Cortínez, *op. cit.*, Vol. I, 28 noviembre 1953, p. 250.
- ⁵⁰ Novo, Salvador. (1994). *La vida en México en el período presidencial de Miguel Alemán*. México: CONACULTA, Memorias Mexicanas, 13 junio 1948, p. 160.
- ⁵¹ Ruiz Cortines, *op. cit.*, 6 diciembre 1952, Vol. I, pp. 23-25.
- ⁵² Rivera Cambas, Manuel. (1882). México Pintoresco artístico y monumental; vistas, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y de los estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica. México: Dirección General de Bibliotecas, Vol. II, p. 417.
- ⁵³ *Manuel Piña y Cuevas (1804-1877)*. Abogado. Se matriculó en el Colegio de Abogados en 1833. Ocupó la Secretaría de Hacienda del 11 de septiembre 1848 al 22 marzo 1849, en el gobierno del general José

Joaquín de Herrera; y del 26 de mayo al 1º de septiembre de 1851, en el gobierno del general Mariano Arista. Presentó el 22 de septiembre de 1844 una iniciativa para la fundación de un banco nacional que manejara la Deuda interior y exterior. Fundador de la casa de bolsa en su casa en México, en el edificio que hoy ocupa el museo del Estanquillo y una tienda de discos. Miembro de la Junta de Notables en el Segundo Imperio de Maximiliano, a su caída se retiró a la vida privada en la Hacienda del Altílo. Murió en la Ciudad de México.

- ⁵⁴ Octavio Irineo Paz Lozano. (México D.F., 31 de marzo de 1914 - Coyoacán, México, 19 de abril de 1998). Poeta y ensayista mexicano. Premio Nobel de Literatura en 1990. A los diecisiete años publica sus primeros poemas en la revista *Barandal* (1931). Posteriormente dirige las revistas *Taller* (1939) e *Hijo pródigo* (1943). En un viaje a España contacta con intelectuales de la república española y con Pablo Neruda, contactos que le influyen fuertemente en su poética. Después de publicar *Luna Silvestre* (1933) y el poemario dedicado a la guerra civil española *¡No pasarán!* (1936), edita *Raíz del hombre* (1937), *Bajo tu clara sombra* (1937), *Entre la piedra y la flor* (1941) y *A la orilla del mundo* (1942). En 1944, con una beca Guggenheim, pasa un año en Estados Unidos. En 1945 entra en el Servicio Exterior Mexicano y es enviado a París. Durante este periodo se aleja del marxismo al entrar en contacto con los poetas surrealistas y otros intelectuales europeos e hispanoamericanos. Llegando a la década de 1950 publica cuatro libros fundamentales: *Libertad bajo palabra* (1949), *El laberinto de la soledad* (1950), retrato de la sociedad mexicana, *¿Águila o sol?* (1951), libro de prosa de influencia surrealista, y *El arco y la lira* (1956). Su obra es extensa y variada, se completa con numerosos poemarios y libros ensayísticos, entre los cuales cabe citar *Cuadrivio* (1965), *Ladera este* (1968), *Toponemas* (1969), *Discos visuales* (1969), *El signo y el garabato* (1973), *Mono gramático* (1974), *Pasado en claro* (1975), *Sombras de obras* (1983) y *La llama doble* (1993). En 1981 es galardonado con el Premio Cervantes. En 1999 aparecen, póstumamente, *Figuras y figuraciones y Memorias y palabras*, epistolario entre Octavio Paz y Pere Gimferrer entre los años 1966 y 1997. Su figura es polémica. Poeta de primer nivel, crítica literaria notable, pero sus análisis políticos hoy son obsoletos y muy criticables. Su figura ha sido opacada por los que se ostentan como sus legatarios como fue su viuda Mari Jose, Enrique Krause y Guillermo Sheridan, personajes impresentables.
- ⁵⁵ Elvira Vargas, Rosa. (18 diciembre 1997). Se preparan nuevos días de sol para México: Paz. México: *La Jornada*.
- ⁵⁶ Ídem.
- ⁵⁷ Muñoz Ramírez, Gloria. (12 marzo 2011). A diez años de la marcha del color de la tierra. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2011/03/12/oja167-marcha.html>
- ⁵⁸ Novo, Salvador. (1998). *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*. México: CONACULTA, 1 oct. 1966, p. 199.
- ⁵⁹ Novo, Salvador. (1994). *La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho*. México: CONACULTA, p. 457.